

CONQUISTA ESPACIO

LA INVASION DE LOS NICTALOPES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



LA INVASION DE LOS NICTALOPES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *¡Devorados!,* Ralph Barby.
2. — *El enviado de Bongo,* Joseph Berna.
3. — *El investigador.* Rocco Sarto.
4. — Los hijos de Selene, Ralph Barby.
5. — El planeta de los hombres-toro, Joseph Berna.

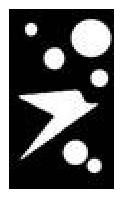
KELLTOM McINTIRE

LA INVASION DE LOS NICTALOPES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 698

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84 02 02525-0

Depósito legal: B. 40.280-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: enero, 1984

1.a edición en América: julio, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

—Es un caso fuera de lo normal, doctor —especificó el director de la Clínica Greenwood, John Duran—. La mujer, muy joven, acaba de ingresar. Se llama Taly Rivera y... Pero será mejor que venga cuanto antes, doctor Kerry.

—Está bien. Iré ahora mismo —accedió Ted Kerry, aunque a regañadientes.

Colgó el teléfono y desconectó el despertador. Eran las cuatro de la madrugada y una fresca brisa movía los visillos de la ventana.

Malhumorado, abandonó el lecho y se puso bajo la ducha.

Su mal humor estaba justificado: a las doce de la noche había tenido que atender un parto en la Clínica Greenwood. La mujer a la que asistió, en compañía de la doctora Thomas, tuvo una hemorragia durante el parto y las cosas se complicaron hasta las dos de la madrugada. Ted Kerry se había dejado caer en la cama a las dos y media y ahora, apenas acababa de cerrar los ojos y conciliar el sueño, cuando el propio director de la clínica le enviaba un recado urgente.

Se secó y se peinó ante el espejo, y frunció los gruesos labios al descubrir unas hebras de plata en sus sienes.

«Me estoy haciendo viejo», pensó, irritado, aunque aún no había cumplido los treinta y cuatro años.

Abrió un bote de zumo de naranja y se lo bebió de un tirón. A las cuatro quince el doctor Kerry se dirigía a la Clínica Greenwood,

situada al norte de la ciudad.

Corría el mes de julio. Los habitantes de la gran ciudad habían sufrido una tremenda ola de calor la última semana. Los meteorólogos decían que la Tierra había oscilado sobre su eje, fenómeno que se producía cada veinticinco mil años. Al parecer, tal oscilación podía ser la causa de una nueva y terrible era glacial, pero a Kerry se le antojaba irónico que los hielos se anunciasen con períodos tórridos y asfixiantes.

A las cuatro y media cruzaba el amplio vestíbulo de la clínica, saludaba a una adormilada recepcionista y subía a la planta tercera por la escalera.

En el pasillo anterior a la sala de partos dos mujeres le miraron con ansiedad. La mayor debía tener cincuenta y cinco años y sus cabellos negros se mezclaban con numerosas hebras grises. La otra era una joven de unos dieciocho años, muy bonita, que se aferraba al brazo de la mayor con timidez. Ambas vestían baratas ropas de confección.

La ancha puerta de la sala de partos se abrió y aparecieron el doctor Duran y la doctora Thomas.

Kerry les saludó y cambió unas palabras con ambos.

—Esas mujeres...

—Son familiares de la parturienta. La señora Elvira Rivera y la menor de sus hijas —indicó el doctor Duran. Pero tomó a Kerry por un brazo y los tres desaparecieron tras la puerta.

Kerry pensó: «¿Por qué habrán traído aquí sus familiares a esa mujer embarazada? ¿Es que ignoran que la Clínica Greenwood les pasará una factura tan enorme que se entramparán para el resto de sus vidas? Los Rivera parecen gente modesta... Debieron recurrir a la seguridad social. Hubiera sido más sensato.»

La parturienta se llamaba Taly Rivera. Le había sido destinada una habitación doble lujosa, cerca de los quirófanos.

Taly debía tener unos veinte años. Era muy morena y debía ser muy bonita. Pero ahora yacía en decúbito supino sobre la cama, con los largos cabellos húmedos y pegajosos desparramados sobre la almohada, la tez cerúlea y sudorosa y los labios abiertos en un rictus de dolor. Su rostro estaba demacrado, consumido, y su respiración era

dificultosa.

—Aplíquenle la mascarilla de oxígeno —indicó Kerry, impaciente—, ¿No ven que se está ahogando?

Cuando la doctora Thomas hizo rodar la carretilla del oxígeno, la paciente aferró la mascarilla con ambas manos, desesperadamente.

El enorme vientre de Taly Rivera se hinchaba y deshinchaba desacompasadamente. El doctor Duran llamó la atención de Kerry y apartó la ropa de la cama.

—¡Dios mío! —murmuró Kerry al contemplar aquel descomunal vientre hinchado.

La piel, tirante y brillante, parecía ir a estallar de un momento a otro.

—Por eso le hice venir, doctor Kerry —susurró el director de la clínica—. Me temo que no va a ser un parto normal. Si se juzga por el tamaño del vientre, se diría que esta mujer va a tener un parto múltiple, tal vez cuatrillizos o quintillizos.

Kerry tomó su fonendoscopio y auscultó cuidadosamente a la paciente. Luego preguntó al director:

—¿Tenemos antecedentes de esta mujer en la Clínica Greenwood?

Duran movió la cabeza negativamente. Parecía preocupado.

—No. Taly Rivera no ha acudido previamente a nosotros. En realidad, y según dice su madre, no se ha hecho reconocer ni una sola vez a lo largo del embarazo.

—¡Dios mío! —murmuró Kerry, desalentado.

—Lo han mantenido en secreto por... vergüenza. Al parecer, este parto es producto de una violación.

Las palabras del doctor Duran avivaron el interés de Ted Kerry.

Observó a la parturienta y volvió a consultar con la comadrona.

—¿Cómo va eso, Sally?

—Las contracciones se producen cada cuatro minutos. El parto

no se hará esperar. Sin embargo, vamos a tener complicaciones. Esta mujer es primeriza y está agotada por completo. Mucho me temo que tendremos que recurrir a la cesárea.

Diez minutos después, Kerry se había decidido: la cesárea era la única solución. Tras ser preparada rápidamente por la doctora Thomas, Taly Rivera fue trasladada al quirófano.

Cuando el equipo estuvo completo y el anestesista hubo dormido a Taly, el doctor Kerry inició la laparotomía con un corte firme y seguro en sentido longitudinal.

Las constantes vitales de la paciente se mantenían en un margen de seguridad suficiente para seguir avanzando. Kerry practicó una incisión y brotó un pequeño caudal de líquido amniótico.

Por una ventana del quirófano penetró el primer rayo de sol matinal. La enfermera ayudante enjugó el sudor de la frente del doctor Kerry, aunque el aire acondicionado funcionaba perfectamente. En el silencio de la sala resonaba el silbido del oxígeno que aspiraba Taly Rivera.

Kerry quedó en suspenso unos segundos. La doctora Thomas le consultó con la mirada.

Se oyó un gritito de susto. Los ojos de los miembros del equipo se desorbitaron cuando las manos enguantadas del doctor Kerry extrajeron aquella extraña criatura del vientre de la parturienta.

—¡Dios mío! —Sally Thomas apenas pudo sofocar un grito—. ¿Qué es *eso,* doctor Kerry?

El cirujano examinaba estupefacto a la pequeña criatura de piel cenicienta que tenía entre las manos. El ser recién nacido apenas medía veinte centímetros de altura y su aspecto era antropomorfo. Aunque...

—¡Un engendro! —chilló Agnes Jones, la enfermera ayudante.

Kerry le dirigió una mirada terrible.

—Señorita Jones, si no es capaz de dominar sus impresiones lo mejor es que abandone el quirófano —exclamó severo.

La doctora Thomas se acercó a Kerry y examinó, incrédula y pasmada de asombro, a la criatura que el cirujano mantenía en sus

manos.

—A lo largo de mi profesión he visto muchas cosas raras, pero ninguna como ésta —murmuró al oído de Kerry—, ¿Está... vivo?

—Sí. Atiéndelo. Llévalo a la incubadora.

Agnes Jones se había retirado unos pasos, temblorosa e indecisa.

—¡Ayúdeme! —indicó Kerry enérgico.

Desde un ángulo, el doctor Duran observaba la operación por encima de su mascarilla aséptica. La expresión de sus ojos era muy expresiva. «Agnes tiene razón —pensó—. Lo que Ted acaba de extraer del vientre de esta mujer parece un verdadero engendro.»

Pero Kerry seguía manipulando con cuidado en la herida sangrante.

Y tres minutos después extraía otra criatura.

Hubo una cierta conmoción entre los miembros del equipo de quirófano. El anestesista, un hombre de unos treinta años, murmuró una imprecación entre dientes.

Se oyó un débil quejido. La criatura que el doctor Kerry tenía en las manos se movía lentamente. Agnes Jones se derrumbó sordamente al pie del quirófano.

Temblorosa, la doctora Thomas tomó en sus manos al segundo hijo de Taly Rivera.

—Alguien tiene que limpiarme el sudor —exigió el doctor Kerry.

Se acercó otra enfermera, que hubo de pasar por encima del cuerpo desvanecido de la enfermera Jones. Entretanto, el doctor Duran pedía ayuda a través del intercomunicador del quirófano.

Dos auxiliares sanitarios penetraron en la sala y se llevaron a Agnes Jones. El doctor Kerry dirigió una mirada penetrante a los miembros de su equipo.

—Les ruego que conserven la calma —dijo—. La intervención será larga y dificultosa. ¡Y usted, doctor Davis! —imprecó al anestesista—: ¡Deje de murmurar palabrotas entre dientes y cuídese de mi paciente!

A las siete de la mañana nació el tercero. Hacia las ocho, en la incubadora automática instalada en el quirófano se movían seis pequeñas criaturas de piel cenicienta.

A las once, Ted Kerry había extraído once hijos del vientre de Taly Rivera. Otras dos ayudantes sanitarias habían desfallecido, siendo reemplazadas con urgencia por otros miembros del personal de la Clínica Greenwood.

Hacia el mediodía, Ted Kerry murmuró con voz ronca: —Este es el catorce y... último.

CAPÍTULO II

Primero zumbó el teléfono. Pero Kerry, exhausto, no despertó. Más tarde, se oyó el timbre de la puerta, que resonó insistentemente. Kerry seguía profundamente dormido. Pero los hombres que le buscaban, aporrearon la puerta hasta despertarle.

Se alzó del lecho furioso, caminó como un sonámbulo y abrió la puerta bruscamente. La fuerte luz del sol le dio en la cara y le cegó. Parpadeó y retrocedió dos pasos.

—¿Doctor Kerry?

Ted les dejó pasar. Sólo cuando hubo cerrado la puerta consiguió escrutar los rostros de los dos hombres que acababan de penetrar en el vestíbulo. Uno era joven, de cabellos rubios y constitución atlética. El otro, de unos cincuenta años, tenía un aspecto

pesado, sólido, cuadrado.

Fue éste el que le mostró una credencial de policía.

—Teniente Rojas, sargento Skeamer —dijo el hombre, con voz cascada—. Llevamos un par de horas intentando contactar con usted, doctor Kerry.

—¿Qué hora es? —preguntó Ted, desconcertado.

—Las siete de la tarde. Venimos...

—Señores, me he pasado la noche anterior en blanco y regresé de la Clínica Greenwood a la una y media de la tarde. Apenas tuve tiempo para tomar un bocado antes de derrumbarme en la cama. ¿No creen que deberían dejarme descansar unas horas? ¿Tan urgente es el motivo que les trae aquí? —protestó, irritado.

—Lo siento, no podemos esperar —respondió el teniente Rojas inexpresivo—. Sólo cumplimos con nuestra obligación. Como usted, doctor.

Ted dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien, vengan.

Les guió hasta el salón y les ofreció asiento en el cómodo diván de cuero crudo. Rojas se dejó caer con un suspiro. En cuanto al joven sargento Skeamer permaneció en pie, contemplando con admiración los dos óleos de bella factura que decoraban el salón del doctor Kerry.

—¿No le importa que fume, doctor? —preguntó Rojas, con voz desganada. Y encendió un cigarrillo antes de que Ted respondiera—. Es acerca de esa muchacha, Taly Rivera. Corren rumores por la ciudad y tememos que el escándalo se divulgue. ¿Qué ocurrió anoche en la Clínica Greenwood, doctor?

Ted entornó los ojos. Estaba temiendo aquella pregunta desde el momento en que el teniente Rojas se identificó.

—Estamos aquí por orden expresa del gobernador, doctor Kerry —especificó el teniente Rojas—. Le ruego, por tanto, que responda a mi pregunta.

—Déjeme que vaya a por unas cervezas a la cocina. Tengo la garganta seca —se excusó.

En realidad, sólo trataba de ganar tiempo.

«Me lo temía —pensó, mientras sacaba tres latas de cerveza del frigorífico—. Un suceso como ése no suele pasar desapercibido. Por otra parte, el asunto es lo suficientemente extraño como para que se hubiera mantenido en secreto. Alguna de las enfermeras ha debido hablar… Aunque es disculpable. Es preciso desahogar la tensión que…»

Volvió al salón. Skeamer agradeció la cerveza con una sonrisa. En cuanto al teniente Rojas, se limitó a tirar de la anilla y llevarse la lata a los labios. Bebió un larguísimo trago y clavó en Kerry sus ojos negros, pequeños y perspicaces.

—Dicen que una muchacha parió catorce pequeños engendros en la Clínica Greenwood? ¿Qué hay de verdad en todo eso, doctor Kerry?

Ted se dejó caer en un sillón frente a Rojas. Skeamer paladeaba su cerveza a pequeños sorbos junto a la cristalera de la terraza.

—¿Engendros? Supongo que la gente vulgar les llamaría así… Para mí, se trata de un fenómeno apasionante.

Sacó un paquete de cigarrillos y fumó.

—Cuéntenoslo todo, doctor —exigió el teniente Rojas, sin cordialidad.

Ted relató todo lo relacionado con Taly Rivera.

—No creo que se trate de engendros, propiamente dichos, sino un caso de malformación congénita —añadió—. Lo asombroso es que una joven, una primeriza, engendrase catorce hijos de una vez.

Skeamer le miró con atención. El veterano Rojas, con desconfianza.

—¿Y eso es todo?

—Taly está fuera de peligro, aunque aún recibe cuidados intensivos. Probablemente decidiremos decirle una mentira piadosa. Le diremos… que su hijo nació muerto. Sería horrible para ella, tan joven, conocer la verdad.

—¿Es normal un parto así, tan numeroso? —inquirió Skeamer, que observaba a Kerry con simpatía.

—En absoluto. Es un caso inaudito. Nunca se dio un parto semejante. Tengo entendido que el mayor número de nacidos de un parto fue de octillizos. Fueron muriendo todos, uno por uno. El de Taly Rivera es un caso singular, apasionante, digno de estudio. Imagino que las criaturas que dio a luz irán muriendo igualmente. Al nacer, pesaban poco más de trescientos cincuenta gramos. En tales circunstancias, es muy difícil que alguna de ellas sobreviva. Antes de abandonar la clínica, he escrito un informe para la Secretaría General de Salud Pública, dando cuenta del insólito suceso. —Miró a Rojas con intención y sonrió—: Como verá, teniente, no ocultamos nada.

Rojas terminó su cerveza y se relamió los gruesos labios s:n disimulo.

—Ya —murmuró, insatisfecho—. Usted, doctor Kerry, acaba de decir que el caso de Taly Rivera es único e insólito, apasionante… Estoy de acuerdo en esto último, pero debo decirle que no es el único caso.

—¿Cómo? —exclamó Ted, incorporándose vivamente de su asiento.

—Mayo, veintiocho, una pequeña localidad de Nuevo México llamada Templadito. Una joven de diecisiete años, llamada Nancy Vargas, dio a luz quince engendros diminutos. Nancy sintió los dolores cuando se encontraba sola en la montaña. Sus padres y su hermano, de quince años, se habían trasladado a Taos en busca de un médico. Cuando volvieron en su destartalada camioneta y penetraron en la cabaña que ocupaban, encontraron a su hija muerta. El parto había comenzado estando ellos ausentes. El médico que les acompañaba se sorprendió mucho tras someterla a un breve reconocimiento. La muchacha había parido quince de esas pequeñas criaturas de color ceniciento y había muerto, desangrada y exhausta —relató el teniente Rojas, inconmovible.

Ted aplastó el cigarrillo sobre el cenicero y paseó, excitado, de un extremo a otro de la habitación.

—¡Quince hijos! —murmuro, incrédulo, sin recordar que él mismo había extraído catorce criaturas del vientre de Taly Rivera.

—Sí. Aquel médico, el doctor Arnold McCumby, trasladó el cadáver de la madre y los… Bueno, los hijos, a Taos. Un grupo formado por ginecólogos y patólogos estudió los pequeños cadáveres. En su informe dijeron que, si bien las criaturas tenían una

conformación antropomórfica, no podía asegurarse que fueran *humanos,* ¿comprende?

—Déjeme ir a por otras cervezas —exclamó Kerry, perplejo.

Cuando volvió, Skeamer se había sentado y fumaba un cigarrillo calmosamente. El teniente Rojas estaba tomando notas en un pequeño bloc.

Bebieron con gran avidez. Ted volvió a encender un cigarrillo.

Rojas bebió, lanzó al techo una bocanada de espeso humo blanquecino y clavó en Kerry su mirada insistente.

—Los mejores médicos de la Universidad de Santa Fe formaron parte del equipo que intervino en la autopsia del cadáver de Nancy Vargas. Pensaban que quizá en el cuerpo de aquella joven encontrarían la explicación de una gestación tan increíble. Pero no hallaron nada de particular. Nancy Vargas era una mujer perfectamente normal. ¿Qué le parece, doctor Kerry? ¿Sigue pensando ahora que el caso de Taly Rivera es único?

Ted aspiró profundamente el humo de su cigarrillo.

—No sé qué pensar. Confieso que me siento fuertemente impresionado y… desconcertado —respondió—. Se me ocurre pensar… Dígame, teniente: ¿se conoce la identidad del hombre que dejó embarazada a Nancy Vargas?

—No —Rojas le miraba con el labio inferior caído—. Según averiguó el doctor McCumby a través de los padres de Nancy, la chica había sido objeto de una violación. Para ellos, personas sencillas y fuertemente tradicionales, la violación de su hija fue como un castigo del cielo. Nancy era… demasiado ardiente y casquivana, según ellos. Mantuvieron el hecho en secreto, por temor al escándalo. Por otra parte, nada más fácil para ellos: viven en una zona montañosa, Trinity Mountains, más allá de Santo Cristo. Crían cabras y ovejas allí y viven en una humilde cabaña. Para ellos resultó fácil mantener en secreto el embarazo de Nancy: sus vecinos más próximos son los propietarios de un rancho situado a cuarenta kilómetros de distancia.

—¿Se conocen las circunstancias del hecho? Me refiero a la violación —pregunto Kerry. Sonrió forzadamente y añadió—: Bueno, si verdaderamente fue una violación. A juzgar por su relato, teniente, deduzco que sus padres no tenían muy buena opinión de Nancy.

Skeamer alzó vivamente la mirada y dijo:

—Es posible. Pero no cabe duda de que fue violada. Nancy regresó al atardecer a la cabaña, aterrorizada. Sus padres se asustaron al ver su vestido desgarrado y manchado de sangre. Su rostro deformado estaba cubierto de arañazos y golpes. También tenía la espalda y los brazos cubiertos de arañazos profundos, que tardaron muchos días en cicatrizar.

Según dijo el teniente Rojas, Roger Vargas —el padre de Nancy — había enviado a la muchacha al manantial situado en el fondo del barranco, con dos bidones, de plástico que debería llenar de agua.

—Tardó casi una hora en volver... sin los bidones. La chica dijo que tres hombres la habían asaltado entre los arbustos. No supo describirlos, pues era al anochecer. Además, sufría un tremendo ataque de nervios. Estaba aterrorizada —relató Skeamer.

Sucedió una pausa. Skeamer sorbía con fruición su cerveza y Kerry fumaba, abstraído, mientras el teniente Rojas lanzaba al aire las tufaradas apestosas de su cigarrillo negro.

—Parecen casos paralelos, pues también Taly Rivera fue violada —declaró Kerry pensativo.

—¿Está seguro? —preguntó Skeamer, con gran interés.

—Eso me dijo el doctor Duran, anoche, aunque yo no tuve tiempo de entrevistarme con los familiares de la muchacha. De todas formas, no creo que tengan ambos casos relación alguna. La familia Rivera vive a mil kilómetros de Templadito, en Nuevo México —dijo Kerry, como si expusiera sus pensamientos en voz alta.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió el teniente Rojas, enigmático.

Se puso pesadamente en pie y volvió a clavar aquella mirada inquietante en el joven médico.

—Dígame, doctor, ¿qué piensan hacer con... con los *hijos* de Taly Rivera? —inquirió, observándole con insistencia.

—No lo sé. Eso escapa a mi iniciativa. Aunque imagino que esas infelices criaturas no sobrevivirán. Y en tal caso, el asunto se resolvería por sí mismo.

Rojas y Skeamer se despidieron poco después.

En el vestíbulo, el teniente dijo:

—Tal vez volvamos a vernos, doctor Kerry…

—¿Por qué?

El policía se encogió de hombros en su ancha chaqueta veraniega.

—Soy perro viejo en mi profesión y algo me dice que este asunto no se resolverá tan fácilmente. Casi siempre me dejo llevar por mi instinto, que nunca me ha defraudado. Por eso digo que es muy probable que volvamos a vernos, doctor —dijo.

Lanzó al aire una apestosa bocanada de humo y se marchó en compañía del joven sargento Skeamer.

Ted les vio subir a un gran coche gris y alejarse calle adelante. Volvió a la cocina, convencido de que no volvería a ver a los dos policías. Sin embargo, se sentía tan excitado que se decidió a beber una buena dosis de whisky con hielo.

CAPÍTULO III

La doctora Thomas le había dicho por teléfono:

—¿Que si están vivos? ¡Ya lo creo! Demuestran unas

extraordinarias ansias de vivir, a juzgar por su apetito. Y asómbrate, Ted: han crecido varios centímetros y han puesto más de cincuenta gramos cada uno.

—Increíble —susurró Ted Kerry. Y añadió—: ¿Vas a estar ahí, Sally? Me gustaría echarles una ojeada.

—Puedes venir —respondió la doctora Sally Thomas—. Estaré aquí hasta las once. Luego tendré que marcharme. Frank comienza a sentir celos.

Frank Thomas era el esposo de Sally. Ella se había casado con el editor, convencida de que Kerry jamás se casaría. Habían mantenido un apasionante idilio hasta el año anterior, pero Sally, además de una mujer bella y elegante, era lo suficientemente inteligente como para deducir que su relación con el doctor Kerry carecía de futuro. Ted era seis años más joven que ella. Un hombre interesante, sin duda: atlético, apuesto, dinámico y culto. Kerry no la había engañado. Desde el primer momento, Sally había conocido su aversión al matrimonio, a las ataduras legales. Para él, una cosa era el amor; otra muy diferente la exclusividad en las relaciones intersexuales.

Sally se había casado con Frank Thomas, un dinámico hombre de negocios que le había ofrecido lo que ella necesitaba: afecto, continuidad, protección y un hogar alegre y confortable.

Sin embargo, tras el matrimonio de Sally ambos siguieron hiendo excelentes amigos. La profesión les unía y el trabajo suscitaba muchas horas de convivencia. A veces, Ted sentía nostalgia de los tiempos pasados. Sally seguía tan guapa y atractiva como siempre..., pero ya estaba fuera de su alcance Y la admiraba.

Llegó a la Clínica Greenwood poco después de las once de la noche. Hacía calor nuevamente. A aquellas horas de la noche el asfalto seguía exhalando calor denso y asfixiante, pero cuando bajó del Mustang color cobre, una ráfaga de viento nocturno le golpeó en el rostro y le obligó a llenar los pulmones de aire fresco en una profunda inspiración.

La empleada de recepción estaba enzarzada en una conversación telefónica que la absorbía por completo, a juzgar por su gesto de arrobo. Ni siquiera advirtió que el doctor Kerry cruzaba el vestíbulo y penetraba en la estancia destinaos al médico de guardia.

El doctor Martini, residente de la clínica, estaba mirando ávidamente una revista pornográfica, que escondió apresuradamente

en un cajón de su mesa cuando oyó dos leves golpes en la puerta.

Ted sonrió, divertido.

—Una plácida guardia nocturna, ¿eh, Bill? —comentó, irónico —. Por cierto, ¿cómo sigue Taly Rivera?

—Muy bien. La visité hace poco más de media hora. Parecía muy animada. No hizo ningún comentario cuando le dije que su hijo había nacido muerto. Al parecer, ni ella ni los parientes deseaban ese hijo. Continúa en la UVI, pero se recupera rápidamente. ¿Va a verla, doctor Kerry?

—Más tarde quizá, si la encuentro despierta. —Caminó rápidamente hacia la puerta y se volvió allí—. No te excites demasiado, Bill —bromeó—. Aún te quedan muchas horas de guardia.

El residente enrojeció, pero ya Kerry se había marchado.

En la tercera planta le esperaba Sally Thomas.

—¿Qué ocurre, Ted? Han estado aquí unos policías. Hablaron con el doctor Duran e insistieron en examinar a los hijos de Taly Rivera —dijo la mujer.

—Son unos entrometidos. ¿Qué puede importarles a ellos? Bueno, creo que alguna de nuestras enfermeras habló más de la cuenta y ahora casi todo el mundo sabe lo de Taly Rivera. No te preocupes. Pero dime, ¿cómo es posible que esos bebés…?

—Comprendo tu asombro. Es increíble. Pero ahí están, con unas enormes ansias de vivir. Y son *tan extraños,* Ted. Pero ven. Será mejor que los veas.

Caminaron pasillo adelante, hasta el final de la sección de incubadoras. Las criaturas habían sido confinadas en una estancia aparte, frente a la que montaba guardia un robusto enfermero.

Los catorce hijos de Taly habían sido distribuidos por parejas, de forma que ocupaban siete de las modernas incubadoras automáticas. Una luz tenue, cernida, iluminaba la amplia sala. En un rincón, la madura enfermera que montaba guardia en aquella sección se levantó de su silla al ver aparecer a los dos doctores.

Kerry se inclinó ávidamente sobre la más próxima de las incubadoras. A través del cristal, vio los dos pequeños cuerpos que

entrelazaban sus cortos brazos.

Habían crecido ostensiblemente en menos de veinticuatro horas. Ahora medirían entre veinticinco y treinta centímetros, y se movían sin cesar. Sus cráneos, oblongos hacia la frente, se irguieron súbitamente al percibir la presencia humana próxima.

Ted vio unos pequeños ojos de color amarillo claro. Y experimentó un escalofrío al advertir que aquellos ojos le miraban fijamente, como si pudieran *comprender* lo que estaban viendo.

—¿Ves? Parecen tan inteligentes... —susurró Sally a su oído.

Ella no había tenido hijos de su unión con Frank Thomas. Adoraba a los niños y su nombre figuraba en la lista de espera de las familias que confiaban en adoptar un bebé, cuando las circunstancias fueran propicias.

—Míralos con detenimiento. La piel es de color oscuro, grisáceo. He observado estos cuerpecitos con una lupa y... se advierten como unas escamas diminutas. Claro que aún es pronto para...

Calló bruscamente. La enfermera los observaba con atención.

Se trasladaron a otra incubadora. Los primeros que harían visto eran varones y los siguientes también poseían atributos masculinos bien visibles.

—Nunca se sienten satisfechos —dijo Sally, excitada—. Los alimentos con leche maternizada mezclada con glucosa, en una solución muy rica, pero ellos, al contrario que otros bebés, exigen sus biberones cada hora.

Un bebé está perfectamente alimentado con un biberón cada tres horas. Aquéllos tenían más hambre de lo normal.

A Ted se le quedó grabada aquella expresión de Sally: *Ellos exigen sus biberones cada hora».*

—¿Cómo lo *exigen?* —preguntó Kerry.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Sally, abriendo unos ojos enormes —, ¡Se agitan como diablos, manotean violentamente. incluso *chillan!*

—¡Chillan! ¡No es posible! No tienen ni veinticuatro horas.

—Hace treinta minutos que la señorita McGregor y otras cuatro

enfermeras se cuidaron de alimentarles —explicó Sally—. Aguarda otra media hora y te sorprenderás.

Kerry avanzó unos pasos hacia la próxima incubadora. Dos pequeños se abrazaban y jugueteaban, mostrándose entre sí... ¡sus diminutos y aguzados dientecillos!

—Sally, ¡han nacido con dientes! —susurró Kerry a su compañera—. Y estos dos también son varones.

—¿Eso es lo que comprobabas con tanto interés? Puedes ¿horrarte el examen: los hijos de Taly Rivera son todos varones —respondió Sally.

—¡Inaudito! Un parto múltiple de catorce individuos y... todos del mismo sexo. Es muy extraño, ¿no te parece?

Sally le dirigió una mirada profunda.

—Todo es extraño en este caso, Ted —dijo.

De todas formas, Kerry terminó su recorrido a través de la sala especial que albergaba a los hijos de Taly Rivera.

Observó que todos tenían pequeños dientes triangulares y uñas excesivamente largas, extrañamente cilíndricas, y muy aguzadas.

Kerry recomendó a la señorita McGregor que les cortase las uñas en cuanto hubieran cumplido cuarenta y ocho horas, en previsión de que pudieran herirse a sí mismos o entre ellos, dada su precoz vivacidad.

Luego ambos doctores salieron al pasillo.

Ella sacó un pequeño pañuelo del bolsillo de su bata y se enjugó el sudor que perlaba su frente.

—¿Qué te parece? —dijo al cabo.

—¡Un caso apasionante! Pienso observar de cerca la evolución de estos bebés y supongo que escribiré una tesis, que posteriormente será comunicada a todas las universidades de nuestro país y las facultades de medicina de todo el mundo. Tú y yo podríamos colaborar en este trabajo. ¡Sí!, ¿por qué no? Un fenómeno como éste no ocurre todos los días. Incluso es posible que nos hagamos famosos...

La intensidad de la mirada que la doctora Thomas le dirigió hizo callar a Ted Kerry.

—Ted, éstos no son simples bebés —remarcó—. No son bebés corrientes. Ni siquiera creo que sean *humanos.*

—¿Qué quieres decir? —Kerry se sentía irritado.

—Es curioso —respondió ella, reflexiva—. Tú te tomas el caso de Taly Rivera como si se tratase de un simple fenómeno a señalar en el anuario Guinness, o a reflejar detalladamente en una comunicación dirigida a las momias consagradas de la Facultad de Ginecología y Obstetricia. No te das cuenta de que éste es *un caso aparte,* distinto a todos los anteriores. E inquietante.

—Ellos son humanos —silabeó Kerry, colérico—. Nacieron de una mujer tan normal como Taly Rivera.

—Sin embargo, dudo mucho que un hombre pudiera engendrar a esos pequeños monstruos —puntualizó Sally.

Kerry se echó a reír.

—¡Oh, no, por favor! —se burló—. No revivamos esas truculentas historias de íncubos, súcubos y coitos entre gorilas y hermosas mujeres que... producen monstruos horripilantes. Tú sabes muy bien que está demostrado científicamente la imposibilidad de que individuos de distintas especies puedan engendrar hijos.

—Entonces, ¿cómo puedes explicar que Taly haya tenido hijos tan diferentes de los bebés normales? —le desafió la doctora Thomas.

—Es un enigma, lo confieso. Creo que en este caso las leyes genéticas se han trastocado, han sufrido un desequilibrio, un error tal vez. Me parece, querida Sally, que a pesar de todo no hay que buscar tres pies al gato.

—Está bien —cedió ella—. Yo tengo que volver a casa. Me temo que Frank ha empezado a sospechar que le engaño contigo.

—¡Qué más desearía yo! —se burló Ted. Y la envolvía en una mirada plena de simpatía y admiración.

Se despidieron y Sally cambió sus ropas por las de calle y se fue. El doctor Kerry descendió a la segunda planta y se dirigió a la UVI. En la habitación de Taly Rivera había una enfermera de guardia. Kerry la

interrogó con un gesto.

—Todo va perfectamente, doctor. Se quedó dormida hace un par de horas.

—Muy bien —respondió el médico con voz queda—. Volveré a visitarla mañana.

Ya se disponía a salir, cuando oyó la voz a su espalda.

—¡Doctor Kerry, por favor!

Se volvió. Era Taly, que acababa de despertar y le miraba anhelante.

—¡Vaya por Dios! He interrumpido tu descanso. No debí venir, es tarde —se excusó el médico.

—¡No, no! Venga, acérquese, se lo ruego. He descansado muchas horas y me siento bien. Quiero preguntarle algo.

Kerry se acercó. A través del conducto plástico, goteaba lentamente el suero que nutría a Taly.

—Dígame, doctor Kerry, ¿es cierto que mi hijo nació muerto?

Ted tragó saliva. Y pensó: «He aquí una de esas encrucijadas que un médico tiene que enfrentar a menudo. Si le dijera la verdad, probablemente Taly enloquecería. Pero si no se la digo, miento.»

Se decidió pronto. La más pura deontología médica obliga muchas veces decir mentiras piadosas.

—Sí, Taly: nació muerto. Ya sabes que tú estabas muy avanzada. El parto debió producirse uno o dos días antes. Ten serenidad: tu hijo no sufrió. Tal vez sea mejor para ti y, según tengo entendido, ni tú ni tu familia lo deseabais.

Ella le miró a través de un par de inmensos ojos negros.

—Yo detestaba su origen, doctor. ¿Sabe que mi hijo era producto de una violación?

Fue a decir algo más, pero calló al advertir el interés de la enfermera de guardia. Kerry miró a la mujer y la enfermera se escurrió silenciosamente hasta el pasillo.

—Puedes hablar con toda confianza, Taly. Quizá te sirva de desahogo —la animó Kerry—. Me han dicho que tu familia y tú vivís en Glenville, a pocos kilómetros de esta ciudad. ¿Fue allí donde ocurrió?

Taly denegó con un movimiento de cabeza.

—No, no fue en Glenville. Tenemos familia en un pueblecito llamado Corrigan y en octubre, cuando me despidieron de la fábrica de conservas, fui a hacerles una visita a mis parientes. Ocurrió una noche, cuando volvía, sola, a casa, después de haber bailado con unos amigos en el baile que siguió al rodeo anual. Atravesaba el pequeño parque de Corrigan, cuando unas sombras se abalanzaron sobre mi...

Taly se mordió nerviosamente los labios, recordando aquel dramático incidente.

—El parque suele estar muy poco iluminado, pero yo creo que rompieron algunas lámparas a propósito —continuó—. Cayeron sobre mí de improviso. Eran tres por lo menos y no pude hacer nada por impedirlo, pues dos de ellos me sujetaban férreamente por los brazos y me clavaban profundamente sus uñas en mis carnes. El tercero destrozó mis ropas a zarpazos y se arrojó sobre mí. Sentí un dolor ardiente y lancinante cuando... cuando aquel salvaje me... me penetró. Luego... los otros hicieron lo mismo. Como apenas podía soportar el dolor y el pánico, chillé hasta enronquecer en demanda de auxilio. Arañaron mi rostro horriblemente y me golpearon hasta que perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, me lavé en una fuente y volví a oscuras a casa de mis parientes. No, no les dije nada. Tampoco a mis padres hasta... hasta que mi embarazo fue evidente.

Calló, abrumada por los recuerdos.

Kerry acarició su mano y luego se incorporó.

—No pienses más en ello. Eres joven y muy guapa. Tienes toda la vida por delante. Dentro de poco aquello sólo será un mal recuerdo que se irá esfumando hasta olvidarse por completo. Así que fue en Corrigan. Dime, ¿por dónde cae eso?

—Corrigan está en Nuevo México, doctor. A cuarenta kilómetros de Taos —respondió Taly. Y sonrió débilmente.

Kerry sintió un leve escalofrío en la espalda. Todavía permaneció unos minutos en la habitación de Taly, hasta que ella volvió a dormirse. Luego salió silenciosamente, ordenó a la enfermera



que volviera a su puesto y se marchó a casa.

CAPÍTULO IV

Kerry no pensaba acudir a la Clínica Greenwood hasta mediodía, pero a las diez de la mañana le llamó por teléfono el doctor John Duran.

—Ha llegado un delegado de la Secretaría de Salud Pública y varios profesores de diversas universidades. El delegado, míster Harry Wilkinson, quiere entrevistarse con usted en seguida. En cuanto al grupo de catedráticos, me han levantado un terrible dolor de cabeza con sus exigencias. Quieren entrevistares también con usted. ¡Por amor de Dios, venga pronto, Ted! Yo no sirvo para las relaciones públicas.

—¿Y la doctora Thomas? —respondió Kerry, fastidiado—. Ella sabe tanto como yo de este asunto.

—Sally está indispuesta. Eso es lo que ha dicho por teléfono. Por otra parte, míster Wilkinson insiste en verle *precisamente a usted.* Por favor, Ted. Sé que está usted extenuado, pero le necesito aquí —insistió el director de la clínica.

—Muy bien. Imagino cómo se siente rodeado de esos importantes personajes. Estaré ahí en un cuarto de hora —prometió Kerry.

Había una cierta conmoción en la Clínica Greenwood. Cuando Kerry llegó allí, todos los empleados y técnicos se sentían nerviosos y excitados. Una enfermera le informó de que iba a venir un equipo de televisión y Kerry se dio a todos los diablos.

—¡Lo que faltaba! —masculló, mientras se dirigía al despacho del director.

El doctor Duran capeaba la situación como podía. Era un verdadero profesional, un médico de hospital, poco experto en las relaciones públicas. Le rodeaba un puñado de santones de las principales universidades norteamericanas, pero su principal preocupación era míster Harry Wilkinson, que aguardaba en una sala cercana.

Con la mayor serenidad, y tras ser presentado, Kerry aseguró a los profesores que les atendería pocos minutos después. Luego, seguido del doctor Duran, se entrevistaron con el delegado del Gobierno.

Harry Wilkinson, contra todo pronóstico, no era un político cincuentón, obeso y calvo, sino joven, cordial y elegante Vestía un traje beige perfectamente cortado y poseía un toque de distinción que no pasó inadvertido a Kerry.

—Bueno, doctor —dijo tras las presentaciones—. Su informe ha causado cierto revuelo en la Administración. ¿Qué es ese asunto de la joven que dio a luz catorce bebés?

Kerry hizo un resumen del caso Rivera. Describió con palabras serenas y mesuradas el asunto, agitando cuidadosamente todo sensacionalismo gratuito.

—Así pues, usted, doctor Kerry, opina que se trata de un simple error de la Naturaleza, curioso, sí, pero sin más interés que el estrictamente científico —dijo Wilkinson, después de escuchar al joven médico.

—Bueno, imagino que un hecho como éste puede atraer la curiosidad pública. Pero yo creo que tenemos el deber de proteger a Taly Rivera. Creo que lo mejor será no divulgar una noticia como ésta. Aunque mucho me temo que ya sea demasiado tarde: he oído decir a una enfermera que un equipo de televisión se proponía filmar en esta clínica. No sé lo que pensará el doctor Duran, director de este centro. Mi opinión es que debemos evitarlo por todos los medios. ¿Qué piensa usted, doctor Duran?

—Este es un centro privado y no tenemos obligación alguna respecto a los medios de comunicación. Como usted ha dicho, no deseamos sensacionalismos. Estoy de acuerdo con usted. Ted. Nada de televisión —decidió Duran.

—Yo también me ocuparé de eso —intervino míster Wilkinson —. Les confieso que me he entrevistado con el gobernador antes de venir aquí. Míster Howard desea que este asunto se mantenga en los límites estrictamente científicos, sin algaradas publicitarias. No teman. Si es preciso el gobernador actuará con energía. Pero ahora, doctor Kerry, me gustaría observar personalmente a esos catorce bebés.

Ted se incorporó, tenso.

—Tengo que hacerle una advertencia, míster Wilkinson. No se trata exactamente de bebés.

—¿De qué se trata, pues? —exclamó el funcionario, consternado.

—Será mejor que lo juzgue por sí mismo —respondió Kerry.

Subieron a la tercera planta. En el pasillo, en los salones de actos y en el vestíbulo bullían los viejos profesores. Como chiquillos irascibles, iban y venían, impacientes, gruñendo y renegando contra todo bicho viviente. Para evitar encontrarse con ellos, Ted sugirió que tomasen un ascensor interior.

Habían transcurrido cinco días desde el momento en que Taly Rivera llegase a la Clínica Greenwood. Las criaturas que habían salido de su vientre medían ya treinta y cinco centímetros y pesaban más de un kilo. Taly no estaba ya en la UVI: ocupaba una tranquila *suite* en la planta cuarta y permanecía constantemente bajo la protección de un forzudo enfermero y una auxiliar sanitaria especializada. Estaba fuera de peligro y convalecía sin problemas.

Kerry se había informado a fondo: los Rivera eran gente muy modesta. A sugerencia suya, el consejo de administración de la clínica había decidido correr con los gastos originados por su hospitalización.

Kerry guió a míster Wilkinson hasta la sección de incubadoras. Penetraron en la sala reservada a los hijos de Taly Rivera.

—Ahí los tiene —dijo el doctor Kerry.

Wilkinson se inclinó para mirar y retrocedió, asustado. Luego se volvió a mirar a los dos médicos:

—¡Pero esto no son... son...!

—No son exactamente los bebés que usted esperaba encontrar. ¿Comprende ahora por qué tenemos interés en evitar la curiosidad de los medios de comunicación?

Wilkinson volvió a asomarse, con precaución. Dentro de aquella caja de cristal, dos criaturas se movían constantemente como si peleasen entre sí. Su piel gris era ya definitivamente rugosa, muy áspera. Y chillaban estridentemente.

—¿Por qué chillan de esa horrible forma? —preguntó Wilkinson.

—Debe ser la hora del biberón. Estos seres demuestran un hambre insaciable. No es de extrañar que hayan triplicado su ceso en menos de cinco días —comentó Kerry.

Wilkinson se retiró unos pasos. Jadeaba. Y sus bronceadas facciones habían palidecido ligeramente.

—¿No quiere ver a los hermanos de éstos?

—¡No, por favor! Ya he visto bastante —Wilkinson sacó un pañuelo impecable y se lo pasó por la frente y las mejillas.

Un poco más tranquilo, miró fijamente a Kerry y al doctor Duran.

—Creo que debemos poner a estas criaturas lejos del alcance de la avidez morbosa de los medios de comunicación —dijo—. Me parece una urgente medida de seguridad. ¿Están de acuerdo?

—Totalmente —respondió el director de la clínica.

—Será lo más razonable. En otro caso tendríamos más problemas de los deseables —asintió Kerry—, ¿Qué es lo que nos propone?

—El Estado se hará cargo de este asunto. Confiaremos esos especímenes al Centro de Investigación de la Secretaría de Estado. Naturalmente, eso no se puede hacer ahora mismo. Consultaré con Washington, que enviará un equipo humano adecuado... Creo que este problema podría estar resuelto antes de cuarenta y ocho horas. Y por cierto, me gustaría contar con usted, doctor Kerry. Podríamos contratarle como asesor. ¿Qué le parece?

Ted cambió una mirada con el doctor Duran.

—No sé qué pensar —decidió luego—. Ciertamente, este tema me apasiona y me gustaría seguir de cerca la evolución de estos fenómenos. Pero el contrato con esta clínica me obliga, por otra parte…

—Yo me ocuparé de eso, Ted —se ofreció el doctor Duran—, Supongo que volverá algún día con nosotros. Puede dar ese problema por resuelto.

—¿Entonces…? —consultó el delegado de la Secretaría de Salud Pública.

—Acepto —respondió Kerry—. Esas criaturas suponen para mí mucho más que una experiencia profesional fascinante. Trabajaré para el Estado.

Se sentía halagado. Nunca había pensado convertirse en funcionario del Estado, pero ahora se sentía complacido con la propuesta de aquel hombre del Gobierno.

—Perfectamente —expresó Wilkinson—. A partir de este momento, los… bebés dependen exclusivamente del Gobierno y, por ende, del Estado. Se montará una vigilancia especial en esta zona y se incrementarán las medidas de seguridad alrededor de la clínica. Ahora debo entrevistarme con el gobernador para negociar estos servicios. Después consultaré con el secretario para rendirle mi informe y darle conocimiento de las decisiones que he adoptado. Les veré mañana.

Estrechó sus manos. Cuando ya se dirigían al ascensor interior, míster Wilkinson se volvió hacia ellos.

—¡Ah!, tendrán que quitarse de encima a esos viejos profesores. Díganles que han recibido noticias falsas, que los bebés ya no se encuentran aquí, díganles lo que quieran. Pero no permitan de ninguna forma que esos ruidosos personajes vean a las criaturas. A partir de este momento, la sección de incubadoras será considerada área restringida.

* * *

Glynnys dejó escapar una risita cuando bajaban del coche.

—¡Calma, Tarzán! —chilló, escandalizada—. ¿No puedes esperar unos minutos?

Bajó del Mustang y esperó a Kerry en la acera. Con rápidos movimientos de sus largos dedos puso en orden su sedosa cabellera rubia, comprobó que sus medias color humo ceñían adecuadamente sus carnosas pantorrillas y encendió un cigarrillo mientras Kerry cerraba el coche.

Luego él la tomó por la cintura y penetraron en la casa.

Glynnys fue regando el vestíbulo, el salón y el pasillo con sus ropas. Ted intentó atraparla allí, pero a pesar de sus redondeces ella era muy ágil y logró encerrarse en el cuarto de baño antes de que el hombre la agarrara. Al otro lado se oyeron sus risas cantarinas, al tiempo que se oía correr el agua de la ducha.

—¡No tardes! —gritó Kerry.

Y acompañó su orden con dos golpecitos en la puerta.

Entretanto fue a la cocina, tomó un cubilete lleno de hielo y preparó dos whiskys en el salón.

Fumó un cigarrillo, impaciente.

«Una tarde inolvidable —pensó, recordando la piscina, los escarceos en la carretera de la costa y las bromas picantes de Glynnys —. Es una cabecita hueca, ¡pero tan deseable!»

Glynnys canturreaba bajo el chorro de agua fría. Habían bebido un poco, a lo largo de la carretera. Ted se sentía demasiado excitado.

Ha valido la pena. Con Glynnys no hay problemas. Es... como un empalagoso bombón... relleno de excitante licor», tensó con fruición.

Bebió un sorbo de su vaso y puso música rítmica, lenta e insinuante en su equipo compacto. Glynnys apareció de pronto en el pasillo, completamente desnuda. Y Kerry soltó el vaso, se incorporó bruscamente y fue a su encuentro. Sus manos estaban apenas a cinco centímetros de la piel dorada y cubierta de gotitas de agua, cuando sonó insistentemente el teléfono.

—El teléfono —Glynnys le detenía con un gesto—. Atiéndelo.

— ¡Al diablo el teléfono! Esta noche, no. Ven aquí, sibila platinada —exigió.

Pero ella retrocedió de un salto y señaló con un gesto perentorio el teléfono del salón:

—Contesta. No quiero que nada nos interrumpa... después —prometió con una sonrisa sensual.

Resignado, Kerry retrocedió y descolgó el aparato.

—¿Doctor Kerry?

—Sí, soy yo. Diga lo que sea de una vez. ¡No estoy dispuesto a perder el tiempo al teléfono! —barbotó Ted, irritado.

—Hijito, no es bueno encolerizarse —pronunció aquella voz lenta y arrastrada—. Hay que tomarse las cosas con calma. Yo tengo todo el tiempo del mundo. Por otra parte, ¿no le dije que volveríamos a vernos?

—¡El teniente Rojas! —exclamó Kerry, reconociendo tardíamente aquella respiración bronquítica. Y añadió de pésimo humor—: ¿Qué tripa se le ha roto, teniente?

—A mí, particularmente, ninguna, hijo. Pero si tiene la bondad de acercarse a la clínica, verá algo que quizá le obligue a vomitar. En serio, doctor Kerry. Venga inmediatamente. Ha ocurrido algo terrible.

Kerry aplastó el auricular con brusquedad y se volvió lentamente. Glynnys asomaba sus cabellos húmedos en la arista del pasillo.

—Has hecho bien en darte una ducha, *honey*. Y yo también debería ponerme bajo el agua fría para aplacar mis ardores internos. Pero no tengo tiempo. He de ir inmediatamente a la clínica. Acuéstate. Con suerte, volveré antes de que se haya hecho de día. Y entonces...

CAPÍTULO V

Los frenos del Mustang produjeron un chirrido estridente ruando Ted apretó a fondo el pedal del freno. Tuvo que hacerlo, porque un foco acababa de deslumbrarle, lo que no fue obstáculo para que columbrase la metralleta que el policía alzaba entre las manos, encañonándole.

Había varios automóviles de la policía en las inmediaciones. e incluso varias ambulancias. Otros agentes montaban guardia alrededor de las verjas de la Clínica Greenwood.

Kerry tuvo que identificarse ante el irascible agente que introdujo el cañón de su metralleta por la ventanilla con un ademán rabioso.

El hombre le deslumbró con una linterna, consultó sus documentos y finalmente, masculló:

—¡Pase! —y Ted le oyó gruñir, cuando ponía el coche en marcha —: ¿Cómo dan el permiso de conducir a tipos como ese?

Había otro policía en la entrada principal de la clínica. Y otro en el vestíbulo, y muchos más distribuidos en las diversas plantas del edificio.

Un balbuciente y pálido doctor Duran salió a recibirle cuando el ascensor se detuvo en la tercera planta.

— ¡Ha sido horrible, Ted, horrible! —exclamó.

Y no llegó a decir mucho más, pues el teniente Rojas apareció de pronto, seguido del sargento Skeamer, de dos duros agentes malencarados y del representante del fiscal del distrito.

—¡Venga, venga! —le animó Rojas, cívicamente—. Quiero que vea esto, jovencito.

—¡Váyase al diablo! —bramó Kerry, al borde de la paciencia—. No soy un jovencito, sino el doctor Edward Kerry. ¿Qué es eso que tiene que enseñarme?

Rojas fue a decir algo, pero Skeamer le tocó en el codo y se calló. Por otra parte, no eran necesarias palabras. Al fondo del pasillo se veían pisadas rojizas. Y más allá un charco de sangre. Un cuerpo inmóvil. El uniforme azul estaba empapado de sangre.

Rojas corrió en pos del doctor Kerry, sin abandonar su cigarro maloliente.

—Lo siento, doctor. Confieso que me siento un poco desconcertado. Ese hombre que yace al final del pasillo era el agente que iba a casarse con mi hija Marjorie, ¿comprende?

Kerry se detuvo bruscamente y clavó sus ojos en aquella faz barbuda y grasienta. Experimentó un sentimiento de compasión y de repulsión, todo al mismo tiempo. De todas formas, apoyó una mano en el hombro fofo del teniente Rojas y dijo:

—Lo siento, no se preocupe. Me hago cargo.

Y siguió adelante, y vio el cadáver de la enfermera Través. Más allá, cruzado en la puerta, estaba el cuerpo de Bob Chacón, uno de los enfermeros de la clínica, un hombre pesado, fornido, muy musculoso.

Charcos de sangre formaban pequeñas lagunas y riachuelos sobre el espejeante pavimento. Había manchas de sangre por doquier: en las paredes, en los divanes situados junto a los muros, en los radiadores empotrados, incluso en el techo y en las lámparas colgantes del pasillo.

Viendo todo aquello, un escalofrío violento sacudió a Ted Kerry.

— ¡Dios santo! ¿Qué ha ocurrido aquí? —murmuró, espeluznado.

Skeamer se lo fue contando sin prisas: una enfermera había subido a la planta tercera a las tres de la madrugada para relevar a la compañera que montaba guardia en la sección de incubadoras.

—Se asustó al descubrir el hilillo de sangre que goteaba por los peldaños de la escalera y retrocedió lanzando alaridos. A sus gritos, aparecieron otras enfermeras y el médico de guardia.

En la tercera planta descubrieron el cadáver del agente Ron Palmer, que montaba guardia allí, obedeciendo el plan de seguridad establecido por el gobernador.

—El médico de guardia llamó a comisaría y la alarma llegó en seguida hasta el gobernador. El teniente Rojas y yo vinimos inmediatamente. En la entrada, un policía de los que acordonan la clínica nos anunció que acababan de hallar el cadáver ensangrentado del agente que montaba guardia en el ala posterior del edificio. Llegamos aquí y... Bueno, nos encontramos este cuadro.

Kerry se inclinó sobre el cuerpo del policía. Vio el escalofriante tajo en su garganta, que ponía al descubierto la destrozada faringe y pensó: «Lo han degollado.» Pero un examen más detenido le permitió comprobar que no se trataba de una cuchillada, sino de una feroz dentellada. Era... como si una bestia feroz, dotada de largos y afilados colmillos, le hubiera roto la garganta de una tremenda tarascada.

El rostro de aquel hombre estaba borrado por profundos arañazos desde la frente hasta el mentón. Tenía desgarrada la nariz y los labios, y las cuencas de sus ojos estaban llenas de sangre coagulada.

Kerry se sintió dominado por una oleada de inquietud.

—Es horrible —murmuró. Y dirigiéndose a Skeamer, que permanecía a su lado—: ¿No han detenido aún a los autores de esta salvajada sin nombre?

—No. Hace poco más de media hora que llegamos aquí. Ni vimos a nadie, a excepción del personal de la clínica. En prevención de que los asesinos se hayan ocultado en las dependencias de este centro, nuestros agentes están registrando el edificio desde el sótano a los tejados —le informó el sargento.

Kerry se trasladó unos pasos y se inclinó sobre el cadáver del enfermero Bob Chacón. De una ojeada, comprobó que Chacón estaba muerto. Necesariamente, pues la herida de la garganta era tremenda. Se había desangrado en pocos minutos y yacía en medio de un gran charco de sangre a medio coagular.

En cuanto a la enfermera Través, su blanca bata estaba por completo empapada en su propia sangre. Su garganta estaba destrozada, igualmente.

Había unos cinco metros de distancia hasta la sala destinada a los hijos de Taly Rivera. Numerosas huellas de pies empapados en sangre se dirigían hacia allá.

Kerry encendió nerviosamente un cigarrillo.

—¿Quién pudo hacer esto, quiénes fueron los autores de esta masacre sangrienta? —se preguntó en voz alta.

Unos fanáticos, unos locos, probablemente.

Caminó despacio, procurando no pisar el rastro de huellas rojizas. El doctor Duran le tomó por un brazo.

—Es inútil, Ted. Las incubadoras están vacías. Las criaturas han desaparecido —dijo el director de la clínica.

—¿Las han… robado?

—Eso es lo que pienso.

El teniente Rojas hablaba al final del pasillo con un agente que gesticulaba expresivamente. Skeamer fue a hablar con el teniente y volvió en seguida.

—Lo han registrado todo minuciosamente. No han encontrado a los autores de este triple asesinato —les informó.

Poco después llegó el fiscal del distrito, míster Glen Jamison. Ante la gravedad del hecho, Jamison había decidido dirigir personalmente las diligencias. El fiscal habló brevemente con los médicos y les permitió descender a la planta baja, mientras los expertos policiales llegaban a la sección de incubadoras.

En el despacho del doctor Duran, los dos médicos sorbieron las tazas de café que acababa de traerles una enfermera. Kerry fumaba sin

cesar un cigarrillo tras otro.

—¡No puedo entenderlo! —repetía Kerry—. ¿Quién podía tener interés en robar catorce pequeños seres monstruosos?

—No tengo la menor idea. Me siento trastornado por completo —replicó Duran, demacradas sus correctas facciones latinas.

Callaron, abrumados.

Luego, Kerry dijo:

—Bueno, los planes de míster Wilkinson se han ido al diablo. Supongo que a estas horas ya estará informado de lo sucedido e imagino que rescindirá el contrato que me había ofrecido…

Sonaron unos golpecitos en la puerta y apareció el sargento Skeamer.

—Los asesinos escalaron el muro del edificio y penetraron en la sección de incubadoras rompiendo una ventana, según acabamos de comprobar. Eso explica el asesinato del policía que montaba guardia en la verja. Hemos visto huellas sangrientas en el muro y también en el jardín. El rastro concluye súbitamente en la calle, donde terminan todas las huellas. Suponemos que huyeron en un vehículo que les esperaba, un furgón, probablemente, pues los asaltantes eran numerosos, unos quince aproximadamente.

—¿Y ahora? —inquirió Kerry.

—La alarma está dada y centenares de policías trabajan ya en este caso. No creo que los asesinos puedan ir muy lejos. Se están estableciendo controles en las calles de la ciudad y las carreteras. Se registrarán todos los vehículos y finalmente detendremos a esos criminales —respondió Skeamer—. No podrán ocultar la carga que llevan en ese furgón.

Kerry le ofreció una taza de café, que el sargento agradeció con un gesto. Cuando Skeamer abandonaba el despacho, llegó míster Harry Wilkinson. A pesar lo avanzado de la hora, su aspecto era impecable.

—Decidí venir en cuanto recibí una llamada del gobernador informándome de los espeluznantes asesinatos cometidos aquí —dijo —. Tengo entendido que nuestros catorce pupilos han desaparecido…

—Sí, ha ocurrido una espantosa tragedia, algo inexplicable —respondió Kerry, todavía pálido y ojeroso—. No logramos explicarnos con qué fin han raptado a esas criaturas. Pero siéntese y tome una taza de café.

Wilkinson aceptó de buena gana. Y dijo:

—No sé si la policía encontrará a esos criminales y a sus secuestradores, pero mi oferta para usted, doctor Kerry, sigue en pie. Le necesitamos.

—Pero ¿para qué? El motivo que justificaba mi asesoría a su departamento ha desaparecido con los bebés que esos asesinos se han llevado. ¿Cree que aún puedo serles de alguna utilidad? —sugirió Kerry.

Wilkinson depositó su taza en la bandeja con un ademán refinado y asintió:

—Desde luego que sí. —Sacó una pitillera de oro y tomó un cigarrillo, que encendió con un mechero «Dupont»—. Voy a hacerles una confidencia, pero les ruego encarecidamente no comenten con persona alguna lo que voy a decirles...

—Sabemos guardar un secreto, señor Wilkinson —expresó el doctor Duran, un tanto irritado—. Nuestra profesión nos obliga a callar muy frecuentemente.

—Bien. El caso de Taly Rivera no es el único.

—Lo sabemos. Hubo otro. El de Nancy Vargas, en Nuevo México —dijo Kerry.

Wilkinson sonrió enigmáticamente.

—No me refería al caso Vargas, señores. Hace dos meses registramos un hecho semejante al de Taly Rivera. Sucedió en Tucumcari, localidad situada a unos doscientos kilómetros de Templadito y a cincuenta y cinco de Corrigan. Una joven llamada Lola Merchán fue violada por unos desconocidos que penetraron en su domicilio de madrugada. No pudo reconocer a sus violadores, que la dejaron malherida. Nueve meses después, en mayo de este año, dio a luz doce pequeñas criaturas semejantes a las que trajeron al mundo Nancy Vargas y Taly Rivera. Lola falleció poco después del parto, pero sus hijos sobrevivieron. Fueron criados en incubadoras y un mes después medían ochenta centímetros y pesaban veinte kilos. Producían

unos raros sonidos articulados… Se diría que *hablaban* entre sí. Recuerden que sólo tenían un mes de vida… Poseían un insaciable apetito, de modo que a las dos semanas de vida ingerían alimentos sólidos, incluso carne muy poco hecha.

Duran y Kerry les escuchaban absortos.

—Una noche, varias personas penetraron en el Hospital Central de Albuquerque, donde se les cuidaba en secreto. Destrozaron las instalaciones con furia increíble y raptaron a los doce especímenes. Han pasado dos meses desde entonces y los raptores no han sido detenidos. Tampoco fueron halladas las doce criaturas.

Kerry llenó de nuevo las tazas de café. Bebieron en silencio y fumaron cigarrillos. Wilkinson añadió:

—Hay muchos datos que relacionan estos casos, aparte de los extraños frutos de las tres violaciones. Tanto Taly Rivera, como Nancy Vargas y Lola Merchán eran jóvenes y morenas, de raza latina, Y las violaciones se produjeron en las sombras de la noche y en despoblado. Nunca fueron reconocidos los violadores, que atacaron en grupo a sus víctimas. Ahora —probó un sorbo de café y continuó—, ahora tememos que se hayan producido muchas más violaciones, con las consecuencias previsibles. El estado está sumamente interesado en investigar diversos aspectos de este enigmático caso. Se pretende identificar a los violadores, evitar sus crímenes y castigarlos adecuadamente. Pero también nos sentimos profundamente inclinados a estudiar los raros fenómenos que resultan de esos partos.

Se había ido excitando a medida que hablaba. Apagó su cigarrillo en el cenicero rebosante de colillas, pero en seguida encendió otro.

—El centro de estos hechos —añadió—, se encuentra en Nuevo México y abarca una zona montañosa y desértica de unos doscientos kilómetros de diámetro. Queremos investigar *en situ.* Y usted, doctor Kerry, será el jefe del equipo de investigaciones. Espero que esté de acuerdo.

—Me apasiona demasiado este enigma para negarme, señor Wilkinson. Acepto, sin condiciones —respondió Kerry, profundamente excitado.

CAPÍTULO VI

Cuando Kerry regresó a su casa, eran las ocho de la mañana y Glynnys se había marchado. Había un mensaje, escrito con rojo de labios, en el gran espejo del baño: «Me he cansado de esperarte. Volveré cuando me parezca. Consuélate con la almohada.»

Kerry sonrió. Luego enchufó la cafetera y se metió bajo la ducha, pues se sentía grasiento y sucio después de la larga noche de vigilia.

Salía del baño completamente desnudo cuando escuchó rumor de pasos en el vestíbulo. Era un rápido taconeo, muy femenino.

Kerry pensó inmediatamente: «Al fin y al cabo, vale la pena confiar en Glynnys. Ha vuelto.»

Y gritó en voz alta:

—¡Adelante, *honey!* Ve desnudándote. ¡Te prometo una sesión muy especial!

Caminó, chorreante, hacia el salón y de pronto se dio de manos a boca con aquella preciosa mujer de cabellos rojos, que se detuvo estupefacta, y lanzó un estrangulado «¡Oh, Dios mío!» al reparar en la absoluta desnudez del hombre.

La sorpresa de la mujer y el hombre fue reciproca. Kerry se tapó apresuradamente con las manos, murmuró un ahogado «¡Dispense!» y retrocedió al cuarto de baño, de donde tomó una toalla.

La joven de los cabellos rojos corría apresuradamente por el pasillo, intentaba abrir la puerta, escapar…

—Vamos, no sea escrupulosa —trató de detenerla Ted—. Lo siento, esperaba a otra persona. ¡Espere un momento! Yo le explicaré…

Pero ella forcejeaba con el pomo interior de la puerta, sonrojada y excitada como una colegiala.

—¡Espere! —repitió Kerry—. Esa puerta tiene una cerradura de seguridad. Y usted no sabe abrirla.

Karen DeComby se volvió, temblorosa. Miraba de reojo, pero al ver que Ted se había cubierto con la gran toalla esponjosa, le dirigió una mirada directa y ardiente.

—¡Es usted…! ¡Ábrame, por favor! —farfulló.

—No puedo —respondió el hombre, recobrada la serenidad—. Mi contrato con la Administración me obliga a entrevistarme con usted. Por favor, no sea quisquillosa: todo ha sido un malentendido. Me vestiré en seguida y hablaremos.

Ella siguió forcejeando con la cerradura, pero era inútil: no conseguía abrir la puerta.

Seguro de que no podría escapar, Kerry retrocedió y se vistió. Cuando volvió al salón, la espléndida Karen DeComby mostraba una bellísima pantorrilla al intentar saltar por la ventana.

—Vamos, cálmese —pidió Kerry, amable—. Ya estoy vestido. Por otra parte, no soy el lobo feroz.

Karen descendió su pierna izquierda y dejó caer los brazos, resignada.

—Lo parecía, completamente desnudo, el pecho velludo, los ojos brillantes y los labios babeantes, doctor Kerry. Estoy… arrepentida de haber venido aquí.

—Siéntese, por favor. Traeré café —dijo él.

Volvió pocos minutos después con un desayuno para dos. Biscotes de tienda, dos tarros de mermelada, zumo de naranja, pastas y una cafetera todavía humeante. Karen DeComby se había sentado en el extremo más alejado del diván, con las piernas apretadas una contra otra y la preciosa falda tableada estirada sobre las rodillas.

—Cuando el señor Wilkinson me envió aquí, no podía imaginar que el doctor Edward Kerry fuera un libertino —observó con severidad.

Kerry sonrió con toda la simpatía del mundo. Cuando sonreía, sus facciones, un tanto rudas y angulosas, se suavizaban atractivamente. Él lo sabía muy bien.

—¿Libertino? Se equivoca. Estaba citado con una amiga íntima, esto es todo. Y al fin y al cabo, cada cual tiene derecho a sus intimidades. Glynnys tiene una llave de esta casa. Por cierto, ¿cómo logró entrar usted?

—Usted se dejó la puerta abierta —respondió Karen, como si le acusase de un crimen—. Llamé varias veces, pero usted no vino a recibirme. Me decidí a entrar, pues tengo prisa. Mi avión para Albuquerque sale a las doce de la mañana. Aún tengo que hacer mi equipaje.

Kerry la miró de reojo.

«Una mujer espléndida, sin duda», pensó, mientras contemplaba sus brillantes cabellos cobrizos. Un rictus obstinado fruncía su boca, aquella boca que había formado una «O» perfecta cuando vio a Kerry desnudo. Sus facciones angulosas y los prominentes pómulos recordaban el rostro de Katharine Hepburn, la magnífica y veterana actriz. Sólo que Karen DeComby era una mujer joven, en sazón, de apenas veinticinco años

Kerry sirvió leche y café en dos tazas.

—Comamos entonces —dijo—. En los aviones suelen servir una comida detestable.

—¿Cómo? ¿Usted también va a Albuquerque? Míster Wilkinson afirmó que usted tomaría otro avión, posteriormente —se extraño Karen.

—El asunto que nos lleva a Nuevo México no puede aguardar. He decidido adelantar mi viaje. Desayunemos, pues. Luego

cambiaremos impresiones.

Karen se decidió al fin. Debía estar hambrienta, pues hizo cumplido honor al abundante desayuno que Ted había dejado en la mesa.

La noche anterior, Harry Wilkinson había dicho a Ted Kerry: «Le enviaré a una funcionaría muy experta en investigaciones delicadas. Se llama Karen DeComby. Puede confiar plenamente en ella», y Kerry se había imaginado a Karen como una robusta matrona de cuarenta años, gruñona y entrada en carnes, como las mujeres-policía que prestaban sus servicios en el Departamento de Policía de la ciudad. Por fortuna, Karen era otra cosa.

Mientras ella desayunaba, Kerry fue al teléfono y reservó un billete para el vuelo 1514 de Pan-Am, que salía a las doce y llegaría a Albuquerque dos horas más tarde. Bajó la voz al citar el nombre de Karen DeComby y obtuvo la certeza de que podría ocupar un asiento contiguo a ella.

Se sentía muy animado e impaciente en aquel momento, aunque procuraba disimularlo ante Karen. Aquella guapísima mujer le había causado un gran impacto. Era tan atractiva como Glynnys y casi tan exuberante como ella, aunque más alta y esbelta. Y sobre todo, mucho más interesante que su amiga.

Cuando terminaron de desayunar eran las diez de la mañana. En buena lógica Kerry debería sentirse agotado, pero las numerosas tazas de café ingeridas la noche anterior y la proximidad de Karen DeComby le mantenían completamente despierto y excitado.

—Tengo que marcharme —dijo ella, precipitadamente—. Aún tengo que hacer mi equipaje.

—¡Espere! Déjeme recoger estas cosas y yo mismo le llevaré en mi coche. ¿Ha traído algún vehículo? ¿No? En ese caso, yo la llevaré. Será más fácil —se ofreció Ted.

Ella le dirigió una mirada llena de intención.

—¿Y su amiguita, la complaciente Glynnys? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Darle esquinazo quizá? ¿Es eso lo que suele hacer con *sus mujeres?*

Kerry soltó una carcajada.

—Ah, Glynnys. Ella es temperamental, errática e imprevisible. Es probable que no haga nada por verme en varios meses. Entre nosotros dos no hay ningún… compromiso.

—Ya —replicó Karen, irónica.

Se incorporó y, al hacerlo, su generoso busto asomó tentador en el escote de fino suéter azul. Pero ella le arrebató diestramente la gran bandeja que Ted tenía entre las manos y exclamó:

—Ya que me ha invitado a desayunar, le compensaré fregando la vajilla. No se quede ahí parado y vaya haciendo su maleta, entretanto.

Poco después abandonaban la casa y subían al automóvil de Ted Kerry.

Karen le dio una dirección y Ted condujo a gran velocidad hacia el sur.

Cuando el Mustang se detuvo en Kelly Gardens, ella indicó:

—Espéreme aquí. Volveré en un cuarto de hora.

Tardó exactamente cuarenta y cinco minutos.

—Mujer, al fin —murmuró Kerry, divertido. Pero se apresuró a tomar las dos maletas de Karen DeComby y a colocarlas en el maletero.

Llegaron al aeropuerto con el tiempo justo. Entregada la impedimenta y realizadas las gestiones de embarque, Kerry tomó a Karen familiarmente del brazo y propuso:

—Vayamos a la cafetería y tomemos unas cervezas y un piscolabis. Aún nos quedan veinticinco minutos.

Karen se desasió de su brazo con un ademán enérgico. Era muy fuerte. Una mujer difícilmente manejable. Ella le miró fijamente a los ojos y especificó con frialdad:

—No se haga ilusiones respecto a mí, doctor Kerry. No soy mujer fácil para un idilio de unas semanas. Si ha hecho planes conmigo, deséchelos. Le prevengo: si quiere que nuestra relación sea amistosa y sin complicaciones, olvide cualquier motivación sexual. No estoy dispuesta a correr una aventura con usted. Se trata de mi trabajo.

Y allí estaba Ted Kerry, apuesto en su traje veraniego color beige, aderezado con un suéter azul de manga corta, extendidos expresivamente ambos brazos en un gesto conciliador, bailando en sus labios la sonrisa más inocente del mundo.

—Le aseguro que no había maquinado ningún plan particular respecto a nosotros dos, señorita DeComby —respondió sin perder la sonrisa—. Y todo se hará como usted quiere. La nuestra será una simple e inteligente relación profesional. Nada más. Y ahora, vayamos a tomar una cerveza.

CAPÍTULO VII

—Eh, despierte —sonó la voz susurrante en su oído.

Kerry despertó bruscamente. Karen DeComby le zarandeaba vigorosamente, instándole a descender del avión, vacio ya.

—¡Vaya, me dormí! —exclamó el hombre, irguiéndose en el asiento y alisándose maquinalmente los cabellos.

—¿Dormirse? Dios mío, comenzó a roncar en cuanto el avión despegó y ha estado soñando en voz alta desde entonces —replicó ella.

—¿De veras? No recuerdo nada. —Ambos se habían puesto en pie y avanzaban por el pasillo, a cuyo final les aguardaba una impaciente azafata—. Dígame, Karen, ¿pronuncié alguna inconveniencia en mi sueño?

Ella se volvió un momento y enrojeció hasta la raíz de sus brillantes cabellos rojizos. En seguida se volvió y caminó aprisa hacia la escalera del avión.

En las pistas, estaba aguardándoles un joven muy moreno y elegante que se presentó en seguida.

—¿El doctor Kerry, la señorita DeComby? Soy Allan Pardo, secretario del gobernador de Nuevo México. Míster Justin Álvarez me ha enviado a recogerles.

Les guió hasta un flamante y larguísimo Lincoln-Continental que aguardaba al borde de la pista y les informó que sus maletas serían recogidas al instante por uno de sus funcionarios y llevadas al hotel Santana Inn, donde ambos tenían habitaciones reservadas.

Durante el camino a Albuquerque, Allan Pardo dijo:

—Dispondrán de todas las facilidades deseables durante su estancia en este Estado. Les hemos asignado un automóvil discreto y un par de credenciales que les abrirán todas las puertas. El Departamento de Policía estará a su disposición y también obtendrán el respaldo necesario de la Oficina Federal de Investigaciones. Aquí tienen los documentos que les acreditarán ante cualquier autoridad —les entregó las credenciales—. Por lo demás, pueden recurrir a mí en cualquier momento. Les deseo que su estancia en Nuevo México sea fructífera y agradable.

Allan Pardo les dejó en el Santana Inn y se despidió. Kerry y la señorita DeComby subieron a sus habitaciones y se refrescaron en el baño.

El hotel era muy moderno y confortable. El aire acondicionado funcionaba a toda potencia, pues a aquella hora la temperatura en Albuquerque era de cuarenta y cuatro grados a la sombra.

Veinte minutos después se reunían ambos en uno de los comedores del hotel. Karen tenía un aspecto esplendoroso y elegante con aquel fresco vestido de seda roja que hacía juego con sus cabellos. El escote era discreto, pero el fino tejido ceñía admirablemente su rotundo busto, por lo que Kerry se sintió un tanto inquieto. Iba a decir algo, pero recordó *las reglas del juego* establecidas entre ambos y se contuvo.

Durante el almuerzo, Kerry dijo:

—Acaban de entregarme un mensaje de míster Wilkinson, transmitido por télex. Se trata de una lista de mujeres violadas a lo largo de los últimos meses. Wilkinson piensa que esas violaciones pueden estar relacionadas con nuestras investigaciones. Así que he pensado…

—¿Sí? —Karen le dirigía una mirada penetrante por encima de

la copa de vino rosado que acababa de llevarse a los labios.

—Que nos repartamos el trabajo. Usted puede realizar discretas entrevistas con las mujeres violadas. Eso parece más propio de su sexo, ¿no? Entretanto, yo me dirigiré a Templadito, Corrigan y Tucumcari e investigaré los casos de Taly Rivera, Nancy Vargas y Lola Merchán. Por supuesto, estaremos en comunicación constante, pues yo regresaré cada noche a Albuquerque y podremos cambiar impresiones acerca de nuestro trabajo. Así…

Karen dejó escapar una irónica carcajada.

—Ni lo piense, doctor Kerry. Las instrucciones que recibí de mi jefe, míster Wilkinson, son tajantes: Trabajaremos en equipo y en ningún momento me separaré de usted.

Ted enarcó una ceja.

—¿Eso le dijo Wilkinson? —clamó, encolerizado—. Creí que iba a gozar de total autonomía en mis investigaciones. Si hubiera sabido que… En fin, no vale la pena discutir ahora. Llamaré a Wilkinson y le expondré mis condiciones.

—Es inútil, doctor. Usted firmó un contrato y debe atenerse a sus cláusulas. Depende directamente de la Secretaría General de Salud Pública y está obligado a cumplir las órdenes de míster Wilkinson.

Kerry apuró su copa de vino de un solo trago y volvió a llenársela inmediatamente, anticipándose a la acción del camarero que atendía su mesa.

—Pero ¿no lo comprende? Usted es una mujer demasiado atractiva, Karen. Trabajando por mi cuenta, sólo pretendo mantenerme alejado de usted. Es… una tentación irresistible. Su proximidad me… enerva, me inquieta profundamente. Creo que trabajaría mucho mejor independientemente.

Le sorprendió aquella sonrisa enigmática que distendió los carnosos labios de la mujer.

—Usted… Bueno, usted, doctor Kerry, también es un hombre muy atractivo —expresó ella, ruborizándose levemente—. Sin embargo, eso no quiere decir que yo vaya a enamorarme de usted como una colegiala. Sinceramente, no entiendo a la gente que siente el sexo a flor de piel. Hay cosas más importantes. Nuestro trabajo, por ejemplo. Haga un esfuerzo, contrólese, concéntrese en el problema

que tratamos de resolver. Todo irá mejor, estoy segura.

«Lo dudo», reflexionó Kerry, tristemente. Pero dijo en voz alta:

—Entonces... ¿quiere decir que hemos de permanecer juntos hasta que resolvamos el enigma?

—Sí, exactamente. Esas son las órdenes de míster Wilkinson. Y le diré algo más: míster Wilkinson no se fía demasiado de usted. Teme que su afán científico y el profundo interés que siente por este asunto le lleve a cometer una indiscreción. Por eso me envió a trabajar en su compañía. Usted es el experto que dirigirá las investigaciones, yo seré la policía que supervisará sus acciones, de modo que todo se lleve a cabo de la forma más discreta y reservada posible. Eso es todo.

—Ya veo —respondió Kerry, tratando de disimular su frustración—. Todo eso quiere decir que usted estará siempre detrás de mí, fiscalizando cada uno de mis actos.

Nuevamente se dejó oír la cantarina carcajada de Karen DeComby.

—Vamos, vamos, doctor: no se enfurruñe —dijo—. Le aseguro que mi vigilancia será leve. Por lo demás, estoy segura de que me convertiré en una perfecta colaboradora. ¿Cuál será su primer paso?

Ted desfrunció el ceño y una sonrisa animó sus facciones.

—Según el camarero, es inútil salir a la calle mientras dure la canícula. Aquí todos duermen la siesta y las actividades se adormecen por completo. Así pues, descansaremos hasta la tarde. Yo estudiaré la relación que me ha enviado Wilkinson. Pero antes pediré un helicóptero al secretario del gobernador. Tengo un enorme interés por entrevistarme con los familiares de Nancy Vargas en su cabaña de las estribaciones de Trinity Mountains. Ahora vayamos a descansar. Como acabo de decirle, en Nuevo México todo el mundo duerme una siesta de varias horas. Para compensarlo, los establecimientos públicos están abiertos hasta altas horas de la madrugada. Tal vez, incluso podamos divertirnos... ¿Ha comido bien? Perfectamente. Subamos ahora a nuestras habitaciones. Hacia las siete de la tarde el helicóptero nos dejará en Trinity Mountains. Le deseo felices sueños, señorita DeComby.

* * *

El helicóptero elevó tolvaneras de polvo blanquecino al posarse suavemente sobre la explanada.

No se veía más vegetación en todo lo que abarcaba la vista que aquel grupo compuesto por cinco robles de ramaje gris. A la sombra de los robles, un hombre joven, que vestía pantalón y camisa de color caqui, apagó la radio de su *jeep* y saltó a tierra ágilmente, encaminándose al encuentro del hombre y la mujer que acababan de descender del helicóptero.

Luego los tres subieron al *jeep* y el vehículo se puso en marcha hacia los áridos roquedales que servían de peldaños de acceso a las Trinity Mountains.

Una hora después el vehículo se detenía en la ladera de una vaguada. Acantilados rocosos de trescientos metros se erguían por encima del angosto valle y, allá arriba, en el caliginoso firmamento blanquecino, planeaba lentamente una bandada de buitres.

Cuando Kerry y Karen descendieron del *jeep,* el joven conductor señaló con un brazo extendido la humilde cabaña situada en el talud, a unos sesenta metros de distancia.

—Ahí viven los Vargas. Tengan cuidado. El viejo está mal de la «azotea». No se fíen demasiado. Desde que murió su hija se ha vuelto irascible y desconfiado. Va siempre armado y es peligroso. Recuérdenlo. Yo les estaré esperando aquí.

Kerry y Karen ascendieron lentamente hacia la cabaña. Antes de que llegaran arriba se oyó el rumor de unas campanillas y en seguida un rebaño de cabras apareció por encima del repecho. El pastor que las apacentaba era apenas un muchacho de quince años, muy moreno y de agradables facciones juveniles. El muchacho vestía una camisa blanca, unos *jeans* deshilachados y unas sandalias de las llamadas *huarachas.* Llevaba una carabina ligera colgando del brazo izquierdo y un garrote de regular tamaño en la mano derecha.

Al verles se detuvo y les miró con desconfianza. Entretanto, el rebaño ascendió y penetró en el corral natural formado por una amplia oquedad en el acantilado.

—¿Qué quieren? —preguntó el muchacho, hosco.

Kerry sonrió y fue a su encuentro.

—Soy el doctor Kerry, de la Secretaría de Salud Pública y la que me acompaña es mi ayudante, la señorita Karen DeComby. Tú debes ser Dick Vargas, ¿no es cierto? —Al ver que el muchacho asentía, añadió—: Sólo queremos hacer unas preguntas a tus padres, respecto... Bueno, en relación con la agresión de que fue objeto tu hermana hace un año. Estos son mis documentos.

Dick echó una fugaz ojeada a la credencial que le mostraba el médico. Luego colgó la carabina de su hombro izquierdo y se pasó una mano nerviosa por los labios.

—¿Qué es lo que quieren saber? Nosotros sólo tratamos de olvidar aquello. Mi hermana ha muerto y mis padres se han vuelto locos de pena y de dolor. No intente hablar con mi padre. Últimamente se ha vuelto agresivo y desconfiado. Es capaz de disparar contra cualquier extraño que se acerque a nuestra cabaña. Esperen aquí. Iré a encerrar el ganado y volveré.

Ascendió ágilmente por las erizadas rocas y desapareció. Kerry y Karen intercambiaron una mirada expresiva.

Al cabo de unos minutos volvió Dick Vargas. Traía una pequeña cántara de barro rojo y ofreció de beber a los forasteros. El agua estaba fresquísima y tanto el doctor Kerry como Karen DeComby bebieron con ansiedad hasta saciar su sed.

Dick echó a andar cuesta abajo y se detuvo a cierta distancia de la cabaña.

—Ellos están durmiendo aún —dijo, refiriéndose a sus padres—, El médico les recetó unos sedantes que les ayudan a conciliar el sueño. No comprendo por qué han venido ustedes hasta aquí. No podemos decirles nada que no declarase mi padre ante el médico y el sheriff de Templadito. Nancy murió. Eso es todo. ¿Qué puede importarles a ustedes?

Fruncía el ceño obstinadamente y parecía ansioso por perderles de vista. Kerry puso una mano sobre el hombro del muchacho.

—Dick, unos individuos violaron a tu hermana. Aún no han sido detenidos y tememos que puedan asaltar a otras jóvenes como Nancy. ¿No puedes decirnos nada respecto a esos tipos? —inquirió.

—Nada, ya se lo he dicho. Lo mejor es que se marchen —insistió el muchacho, sombrío.

—Me han dicho que tu padre va constantemente armado. Y tú jamás te separas de esa carabina. Según tengo entendido, no existen fieras en esta región que justifiquen tales precauciones. Me gustaría saber por qué llevas siempre la carabina, Dick —pronunció con suavidad el médico, espiando la reacción del muchacho.

Dick apretó las mandíbulas y sus dientes chirriaron levemente.

—Porque sé que ellos merodean todavía por aquí, aunque hasta ahora no se han dejado ver. Es al anochecer cuando se deja oír el zumbido de sus motocicletas de gran cilindrada. Hay algo que no puedo entender, doctor Kerry. Esos tipos se mueven en la oscuridad como si fueran depredadores nocturnos, capaces de ver perfectamente en la oscuridad —relató, estremecido.

CAPÍTULO VIII

Karen se había sentado sobre el saliente de una roca y miraba a Dick Vargas con estupor, mientras Ted Kerry fumaba un cigarrillo.

—Hace mucho tiempo que se mueven por aquí, siempre de noche —confesó Dick—. Muchos meses antes de que Nancy regresase aquella noche del manantial gritando de horror, desgarradas sus ropas y atravesado su rostro de arañazos feroces. La primera vez que oí el zumbido de los escapes creí que por fin habían comenzado a explotar las vetas de mármol de Mesa Negra Quarry. Hablé de esto con mi padre y él me dijo que la empresa que llevaba a cabo la prospección había decidido no explotar la cantera, definitivamente. Pero a la

noche siguiente volví a oír el zumbido de los motores y pensé que mi padre debía estar equivocado. Fui allí a la mañana siguiente. Mesa Negra es un largo acantilado de mármol gris, en cuya base se ven numerosas cavernas y oquedades. Algunas de esas cuevas forman pasajes subterráneos que profundizan centenares de metros en el subsuelo. ..

—¿Y qué encontraste allí? —preguntó Kerry, atento.

—Nada. No habían instalado sierras para cortar mármol, no había máquinas ni vehículos. Aquello estaba desierto. Sólo pude ver unas rodadas sobre el polvo. Las marcas correspondían a neumáticos de *tacos,* esas ruedas especiales que utilizan los que hacen moto-cross. Sólo eso. No vi a nadie, aunque registré aquellos vericuetos durante largo rato —relató Dick Vargas.

—Pero este terreno es muy quebrado, poco apto para practicar moto-cross —observó Karen—. Y tú dices que algunas noches oíste los escapes de sus motos muy cerca...

Dick se humedeció los labios con la punta de la lengua. Parecía excitarse por momentos.

—Sí, les oía todas las noches. Pensaba que eran un grupo de esos locos muchachos que desafían a la muerte realizando acrobacias con sus motos. Me sentía muy intrigado. ¿Cómo podían correr a toda velocidad a lo largo de estos barrancos, siempre de noche, y sin encender los faros de sus máquinas? Algunas veces los sentí muy próximos, a menos de cincuenta metros. Pero la oscuridad era total y no pude verlos...

—¿Cuántos eran? —preguntó Kerry.

—No lo sé. Yo abandonaba la cabaña al oír un zumbido lejano y desde este mismo lugar aguzaba el oído y trataba de penetrar las tinieblas. El rumor aumentaba de volumen, se acercaba y se alejaba. Debían ser varios, pues los motores zumbaban en todas direcciones. Cuando ocurrió lo de Nancy...

—¿Sí?

—Yo estaba loco por encontrarlos. Pensaba disparar a malar. Incluso disparé varias veces, a ciegas, cuando notaba que una de esas máquinas se acercaba. Pero jamás debí acertarles, pues a la mañana siguiente registraba los alrededores en busca de manchas de sangre o de... de un cadáver.

Calló. Los tres permanecieron en silencio durante unos minutos.

—Dime una cosa, Dick —rogó el doctor Kerry, luego—. Crees que esos locos de las motos fueron los que violaron a m hermana?

—¡Quiénes, si no! —se crisparon las juveniles facciones en un rictus rabioso—. Fueron ellos, esos canallas, esos forajidos, esos...

—No comprendo cómo tú y tus padres seguís aquí, expuestos a recibir una visita desagradable de esos desalmados individuos —comentó Kerry.

—¿Y qué podemos hacer? Nuestra única riqueza es ese rebaño de cabras. Por otra parte, mi padre no se adaptaría a vivir en una ciudad, pues siempre ha sido un hombre independiente y amante de los espacios abiertos. Todo lo que tenemos está aquí: ésta es nuestra forma de vivir. Éramos felices hasta que...

Se le saltaron las lágrimas, pero en un gesto de precoz virilidad se las arrancó de un manotazo.

Karen le miró con simpatía y el doctor Kerry le palmeó la espalda afectuosamente.

—Te comprendo, Dick. Y te aseguro que vamos a intentar poner en claro este extraño asunto. De momento, vamos a pasar esta noche contigo. Quiero comprobar por mí mismo la existencia de esos gamberros motorizados. Ahora ve y tranquiliza a tus padres. Diles que somos delegados del Gobierno y que vamos a ocuparnos de este caso. Entretanto, vamos a ponernos en contacto con la policía de Templadito.

Mientras Dick ascendía hacia la cabaña, Karen y el doctor Kerry se reunieron con el agente de policía que les había traído en un *jeep*. A través de la emisora instalada en el vehículo, Kerry se comunicó con Harry Beltrán, sheriff de Templadito.

—Muy bien, doctor Kerry. Vamos a comprobar si lo que ese chico ha declarado es verdad. Dentro de una hora estaremos con ustedes —prometió Harry Beltrán.

Tres *jeeps* ascendieron por la tortuosa trocha al anochecer. Los vehículos se detuvieron a pocos metros del talud que daba a la cabaña y el corral de la familia Vargas.

Beltrán, un hombretón de casi dos metros, de aspecto rudo y

cabellos canosos, cambió impresiones con Kerry y Karen DeComby. Tras escuchar las explicaciones del doctor Kerry, el sheriff se mostró escéptico.

—¿Una pandilla de gamberros motoristas que merodean en la oscuridad? ¡Ese chico debe haberlo soñado! —exclamó—. Conducir una moto a través de estos barrancos ya seria temeraria de día, cuanto más de noche.

—El muchacho está verdaderamente asustado. No creo que mienta —respondió Kerry—. De todas formas, nada perderemos por comprobar su relato.

—Muy bien. Mientras se hace de noche, tomemos un bocado. Hemos traído algunas provisiones —dijo Beltrán.

Dos de sus agentes trajeron un cesto con comida y una nevera que contenía latas de cerveza y coca-cola. Ted se sentía hambriento y comió, sin discriminación, tamales, tortilla, chiles fritos, tacos y *burritos,* todo ello regado con cerveza fría de lata. Cuando terminaron el refrigerio, Dick Vargas se acercó a ellos con la carabina bajo el brazo.

—Ya empieza a oírse a lo lejos —susurró.

Era noche cerrada y los policías recogieron las vituallas a la débil luz de los faros de campaña de un *jeep.* En seguida apagaron las luces y todos aguzaron sus oídos.

—Silencio absoluto —susurró el sheriff de Templadito—. Yo no oigo nada. ¡Este chico delira...!

Pero Kerry le hizo callar con un tirón del brazo.

El zumbido, lejano, apenas era perceptible. Pero pronto ascendió de volumen y todos pudieron oír con claridad el petardeo de un escape.

—¿Lo oyen? ¡Ya se acercan! —exclamó Dick, nervioso.

El rumor aumentaba rápidamente. No era una sola máquina la que producía aquel zumbido, sino varias, según pudo establecer Ted Kerry. Al fin, el petardeo se fue convirtiendo en un zumbido horrísono, ensordecedor, que repetía espectacularmente el eco en los acantilados.

—¿Qué me dice ahora? —susurró Kerry, oprimiendo el brazo de Harry Beltrán—. Dick nos dijo la verdad. ¡Parece un nutrido grupo de gente motorizada!

—Pero... ¿cómo pueden conducir en la oscuridad a través de estos peligrosos parajes? —respondió el sheriff, atónito—. ;Yo no logro distinguir la luz de los faros de esas motos que se acercan.

—Esperemos. Será mejor que prevenga a sus hombres —recomendó el doctor Kerry.

Abajo, en el fondo del barranco, se oía el estrépito de las motocicletas atronando la quietud nocturna.

—Deben ser diez o doce, por lo menos —dijo Kerry a

Harry Beltrán, cuando éste se le acercó en las tinieblas—. ¿Qué piensa hacer, sheriff?

—Darles un buen escarmiento —gruño el policía. Y añadió—: Yo y tres de mis agentes armados de ametralladoras descenderemos al barranco. Ya veremos cómo se comportan esos gamberros cuando oigan zumbar las balas por encima de sus orejas. Usted y la señorita DeComby se quedarán aquí, protegidos por el resto de mis hombres.

Dos minutos después, cuando el zumbido enloquecedor de las máquinas seguía oyéndose en el fondo del barranco, los potentes faros del *jeep* de Harry Beltrán taladraron las tinieblas.

El vehículo descendió despacio a lo largo de una empinada trocha rocosa, pero sus faros cruzaban el vacío y no alcanzaban el fondo del barranco, al que se asomaban, ávidos, Kerry, Karen y Dick Vargas. Junto a ellos, cuatro policías empuñaban nerviosos sus rifles de precisión.

El *jeep* del sheriff desapareció súbitamente en la curva que describía al angosto paso colgado sobre el barranco.

Luego se vieron destellar dos largos dedos luminosos en la negra profundidad del despeñadero.

—¡Se han despeñado, se han despeñado! —clamó, aterrado, Dick Vargas.

—¡Calla, muchacho, no sabes lo que dices! —le apostrofó uno de los policías de Templadito, muy nervioso.

Pero abajo se oyó un crujido terrible y la luz de los faros se extinguió. Simultáneamente brotó una tremenda llamarada en el fondo de la quebrada, seguida de una horrísona explosión.

Una oleada de fuego se extendió fulminantemente por la empinada ladera y los resecos matorrales y matojos ardieron inmediatamente. En el centro de aquella vorágine ígnea, se veía la silueta deformada del *jeep*.

—¡Dios mío! —murmuró Karen, espantada.

Las llamas iluminaban con tétrica claridad el fondo del barranco, cuya escasa vegetación ardía en una gran extensión.

Más allá, hacia el sur, el fulgor anaranjado se perdía en las profundas hendiduras de los acantilados y en los cortados excavados por las aguas a lo largo de siglos. Por encima del crepitar de las llamas y los crujidos de las planchas candentes del vehículo siniestrado, vibraba ensordecedor el zumbido de los escapes de varias motocicletas.

Durante un largo minuto, Ted Kerry fue incapaz de reaccionar, aturdido por la gravedad de la tragedia. Al fin se apartó de la cornisa rocosa, tomó a Karen por un brazo y dijo:

—Dick, lleva a miss DeComby a tu cabaña. Los policías y yo intentaremos descender al barranco y rescatar a los supervivientes si… si es que los hay.

Pero Karen se desasió de su mano y dijo:

—No voy a esconderme en esa cabaña. Iré donde tú vayas.

Subieron a los *jeeps* y sus conductores pusieron los motores en marcha y encendieron los faros.

—Vayan muy despacio —les recomendó Kerry—, Algún obstáculo en la trocha pudo ser la causa de la tragedia que acabamos de presenciar.

El primer automóvil se puso en marcha lentamente. Kerry viajaba junto al conductor. En los asientos posteriores, Karen DeComby y otros dos policías, que empuñaban muy excitados sus armas.

Los neumáticos crujían sobre las piedras sueltas de la pina

cornisa y a veces las ruedas derrapaban peligrosamente, a pesar de que los *jeeps* rodaban con la marcha reductora y la tracción a las cuatro ruedas.

Cuando el primer vehículo se acercó a la curva de la cornisa, a Ted Kerry se le encogió el ombligo. Sin embargo, no divisaron ningún obstáculo en el angosto sendero. Diez metros más allá podían verse dos oscuros trazos de neumáticos sobre el piso rocoso.

—¿Qué fue lo que obligó a frenar bruscamente al conductor del *jeep* de Harry Beltrán? —se preguntó Kerry, intrigado.

Los coches descendieron con una lentitud exasperante, siguiendo el trazado caprichoso de la trocha que bajaba hasta el barranco. Cuando llegaron abajo, las llamas aún lamían, con menor intensidad, la masa deformada y negruzca del vehículo siniestrado. Uno de sus neumáticos en llamas estalló sordamente y la luz se hizo más intensa.

En cuanto el primer *jeep* se detuvo, Kerry saltó del automóvil con un extintor en las manos. Un chorro de espuma contra-incendios regó el aparato y extinguió en pocos segundos las llamas.

Pero entre las planchas ardientes del *jeep* no pudo hallar ningún cadáver. Harry Beltrán y tres de sus agentes fueron hallados —destrozados sus cuerpos—, a treinta metros de distancia.

—¡Malditos, malditos sean mil veces! —clamó Kerry, desesperado y rabioso.

—¿Por qué diablos no los perseguimos? —bramó uno de los policías de Templadito, oprimiendo anhelante el gatillo de su ametralladora—. Esos tipos son unos criminales peligrosos. ¡Debemos alcanzarlos y acribillarlos como a fieras rabiosas!

Kerry se enjugó el sudor de su frente de un brusco manotazo.

—Sería un error tremendo —suspiró—. Ellos conocen bien estos vericuetos y conducen máquinas potentes, más aptas que los *jeeps* para rodar a través de las quebradas. Les sería fácil tendernos una trampa. Quizá nos despeñaríamos o tal vez nos sucediese algo peor. No —jadeó, fatigado—. Recojamos esos cadáveres y volvamos a Templadito. Tengo que ponerme urgentemente en contacto con las autoridades del Estado. Es preciso peinar minuciosamente estos parajes y encontrar a esos burlones asesinos.

CAPÍTULO IX

Los helicópteros zumbaban allá en lo alto, elevándose raudamente por encima de las mesetas y farallones, y descendiendo después a plomo en las quebradas para dejar en tierra a los numerosos policías que participaban en la gran operación de rastreo.

En una amplia plataforma rocosa se había establecido una tienda de campaña, que servía de refugio y centro de comunicaciones radiofónicas a los jefes de la operación, el cachazudo comisario Ernie Coronado y al delegado del FBI en Santa Fe, el SAC Terence Long. Junto a ellos se encontraban el doctor Kerry y Karen DeComby.

Kerry, fatigado y somnoliento, se sentía decepcionado. Eran las seis de la tarde y la operación de rastreo en la zona de Mesa Negra Quarry y sus aledaños había comenzado a las ocho de la mañana. No había ningún resultado, aunque más de un centenar de policías, apoyados por un cuerpo de exploradores, llevaban muchas horas cribando materialmente las abruptas estribaciones de Trinity Mountains.

Verdaderamente, la respuesta de las autoridades a los requerimientos del doctor Kerry había sido inmediata, pero el nulo resultado de la vasta operación policial bastaba para desanimar incluso a un hombre tan animoso como Ted Kerry.

—No hay huellas de neumáticos, ni ningún otro indicio de que un grupo de individuos motorizados hayan estado merodeando por esta zona. Ciertamente, bien pudieron borrar sus huellas, pero dudo mucho que pudieran evaporarse en la atmósfera —opinó

burlonamente el comisario Coronado.

Sin embargo, tanto el comisario como el hombre del FBI habían escuchado los testimonios de Dick Vargas y de los agentes del fallecido Harry Beltrán.

—Deben contar con un escondrijo seguro —dijo Kerry hacia las doce del mediodía, después de que recibieran los numerosos informes negativos de las fuerzas que registraban la abrupta área—. Quizá se esconden en alguna de las numerosas cuevas que existen al pie de Mesa Negra.

Terence Long se incorporó vivamente.

—Muy bien —dijo, mirando fijamente al doctor Kerry—. Vayamos a echar una ojeada a esas cuevas.

Un helicóptero recogió en el acantilado al hombre del FBI, a Kerry y a Karen DeComby. Cuando el aparato descendió sobre el amplio anfiteatro, una docena de agentes les aguardaba.

—Un extraño lugar este —dijo Ted a Karen—. Parece el cráter de un gran volcán, cuyo centro ocupa ese colosal bloque de mármol gris llamado Mesa Negra. Sin embargo, que yo sepa, no existen volcanes en esta zona.

—Tienes razón. Parece un cráter —asintió ella.

Terence Long advirtió a los policías que iban a practicar un registro sistemático de las cavernas y pasajes subterráneos. Se trasladó un grupo electrógeno hasta la base de la mesa y se tendieron cables para alimentar focos. Los agentes portaban, además, potentes linternas.

A los pocos minutos de penetrar en una de las cavernas, comprobaron que aquello era un verdadero laberinto de galerías subterráneas y oquedades que se cruzaban entre si y profundizaban en la densa roca madre.

No hallaron ningún indicio de presencia humana en aquel enredoso dédalo de pasajes subterráneos semejantes a los agujeros de un ciclópeo queso de *gruyére*. Las galerías se extendían a centenares, miles de metros de la forma más caprichosa y desconcertante. Las voces de los policías retumbaban en aquellas bóvedas, dando la engañosa sensación que unos se encontraban muy cerca de los otros, cuando en realidad separaban a los distintos grupos centenares de

metros.

Una hora después, Terence Long se dio por vencido.

—Necesitaríamos mil hombres y un equipo de cartógrafos para establecer un plano aproximado de este laberinto —dijo—. Por otra parte, dudo mucho que esos individuos se escondan aquí. El tumulto que hemos armado debería haberlos puesto en fuga. Creo que es inútil que sigamos explorando estas galerías.

Kerry se encogió de hombros. Poco a poco, los agentes fueron desalojando el dédalo subterráneo.

El helicóptero trasladó a Kerry, Karen y el SAC Terence Long al puesto de mando de la cornisa, mientras los policías y exploradores continuaban registrando los barrancos, vaguadas, desfiladeros y otros accidentes del abrupto terreno.

Finalmente, al atardecer se dio fin a la operación de rastreo. Una patrulla compuesta por quince agentes motorizados montaría guardia durante varios días en las proximidades de Mesa Negra Quarry. El resto de las fuerzas fueron transportadas a sus lugares de origen.

A las ocho de la tarde, Ted Kerry y Karen DeComby estaban de regreso en el hotel Santana Inn de Albuquerque.

Conjuntamente, redactaron un informe para míster Harry Wilkinson, en el que le daban cuenta de sus últimas averiguaciones. Aquella noche cenaron muy temprano y se retiraron a descansar.

Fue de madrugada cuando Ted Kerry despertó súbitamente. Incorporado sobre el lecho, trataba de averiguar la causa de su brusco despertar, cuando en el silencio de la noche resonó aquel alarido estridente.

—¡Karen! —exclamó Kerry, sobresaltado.

Abandonó la cama de un salto y pulsó el interruptor de la lámpara de su mesilla de noche. Pero la luz no lució.

Buscó apresuradamente en el cajón de la mesilla, pero sólo encontró su encendedor. Dirigió una ansiosa mirada a través de los visillos de la ventana y comprobó que la ciudad entera estaba en tinieblas.

No disponía de ningún arma, pero no se arredró. Presintiendo

que era Karen la persona que acababa de gritar, se lanzó al palillo y golpeó con rudos puñetazos la puerta de la habitación de Karen, contigua a la suya.

—¡Abre, Karen! ¡Soy yo, Kerry! —gritó.

Y al comprobar que ella no respondía, insistió:

—¡Karen, Karen! ¿Qué te ocurre?

Al no obtener respuesta, Kerry cargó contra la puerta con todas sus fuerzas. Por desgracia, la hoja de madera era demasiado sólida y resistía sus furiosos embates.

Desesperado, Kerry aproximó su oído a la puerta y trató de escuchar. Percibió el rumor propio de un forcejeo, crujidos de muebles destrozados, jadeos...

—¡Por amor de Dios, Karen, contesta! ¿Estás bien? —gritó con todas sus fuerzas.

La respuesta fue una especie de gruñido animalesco, seguido de un tintineo de cristales rotos.

La seguridad de que Karen se encontraba en grave peligro le animó a cargar de nuevo contra la resistente puerta.

Entretanto, el escándalo había despertado a la mayor parte de los ocupantes de las habitaciones de aquella planta, algunos de los cuales se asomaban tímidamente al pasillo alumbrándose con cerillas.

—¿Qué hacen ahí? —les apostrofó Kerry—, ¡Ayúdenme! ¡Una mujer está en peligro!

Un hombre calvo, de anchos hombros y vientre prominente, que sólo vestía unos pantalones bermudas, se decidió a colaborar. De acuerdo con Kerry, ambos cargaron al mismo tiempo contra la puerta, cuya cerradura saltó con un seco chasquido. La puerta se abrió violentamente, destrozado su marco.

Kerry se lanzó ciegamente hacia adelante, mientras el hombre que le había ayudado quedaba prudentemente a la expectativa.

El pavimento estaba cubierto de fragmentos de vidrio y Kerry sofocó un grito al sentir herido su pie derecho.

A través de la amplia cristalera de la terraza penetraba un fulgor

tenue, aunque suficiente para permitirle vislumbrar las tres siluetas que en ese momento se daban a la fuga.

Kerry tropezó con una banqueta y estuvo a punto de rodar por el suelo. Instintivamente, agarró la banqueta y la lanzó con todas sus fuerzas contra los fugitivos. Debió acertar a alguno de ellos, pues escuchó un gruñido de dolor.

Si en aquel momento Kerry hubiera tenido una pistola probablemente hubiera disparado a matar contra los asaltantes, que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, más que impedir la fuga de aquellos individuos lo que interesaba a Kerry era la suerte corrida por Karen DeComby. Un negro presentimiento le atormentaba. Al parecer, se trataba de un intento de violación como los sufridos por Taly Rivera, Nancy Vargas y Lola Merchán...

—¡Karen! —llamó con voz vibrante.

La voz apenas brotó de sus labios, tan seca y áspera tenía la garganta.

Encendió el mechero y sus ojos buscaron con ansiedad.

Vio los fragmentos de una silla destrozada, las sábanas del lecho deshechas en jirones y profusamente manchadas de sangre, una maleta volcada en el suelo y útiles de maquillaje regados por doquier, el pavimento cubierto de cristales...

Más allá estaba la cristalera, descorrida en su mitad, el armario ropero, la puerta del cuarto de aseo... Huellas ensangrentadas se dirigían hacia allí. La puerta del aseo estaba igualmente manchada de sangre.

Kerry experimentó un violento escalofrío de pánico.

—Karen, por lo que más quieras. ¡Contesta si estás...!

Iba a decir *viva,* pero se le formó un nudo en la garganta y calló.

En aquel momento volvió la luz. De los restos de una lámpara de mesa caída en el suelo saltó un chisporroteo, al tiempo que del pasillo brotaba una luminosa franja de luz.

La puerta del cuarto de aseo se abrió y apareció Karen, pálida y

despeinada, pero viva. Su fino pijama azul estaba desgarrado y manchado de sangre.

Karen vio al hombre calvo y tripudo que avizoraba ávidamente desde el pasillo. Exhaló un gritito de espanto y volvió apresuradamente al cuarto de baño.

Kerry corrió a la puerta, murmuró un atolondrado «¡disculpe!» al hombre que le había ayudado y encajó la puerta contra su marco.

Karen, que atisbaba a través de una rendija tras la puerta del cuarto de baño, apareció a su vista, cubriendo su desnudez con una gran toalla rosa.

Kerry la abrazó, trémulo.

—¿Estás bien? ¿Te han herido?

—Estoy... entera —respondió ella, con una débil sonrisa—. Aunque confieso que me he llevado un susto atroz.

En aquel momento golpearon en la puerta. Apareció un grupo de hombres. Eran el detective del hotel, el conserje nocturno y uno de sus empleados.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó aquel policía bajito y moreno, en cuya mano derecha temblaba un revólver calibre treinta y ocho.

Fue Karen la que respondió a su pregunta. Dijo que la había despertado un leve rumor en la terraza, como si una de las macetas se hubiera volcado.

—Di al interruptor, pero la luz no lució. Sólo pude ver sus siluetas a contraluz de la cristalera. No pude sofocar un grito de espanto, pero agarré la lámpara y me defendí como pude. Debí herir a alguno de ellos, a juzgar por la gran cantidad de sangre que mancha el lecho, el suelo y las paredes...

—¿Cuántos eran los asaltantes?

—Tres. Uno de ellos cayó de espaldas al sentirse herido, pero los dos restantes se lanzaron sobre mí y me derribaron sobre el lecho. Forcejeé con todas mis fuerzas... Luego el doctor Kerry gritó desde el pasillo y aporreó la puerta. Los asaltantes aflojaron su presa y yo salté fuera de la cama y logré encerrarme en el cuarto de baño.

—¿Cree que se proponían... violarla o que sólo pretendían robar? —quiso saber el hombrecillo del revólver.

—No lo sé —hubo un temblor trémulo en los labios de Karen—. Pero puedo asegurar que me atacaron con brutalidad, con una ferocidad escalofriante.

El detective se disponía a hacer nuevas preguntas, pero Kerry le convenció de que a la mañana siguiente la señorita

DeComby comparecería ante la policía y depositaría una denuncia más detallada.

El conserje se apresuró a disponer una nueva habitación para Karen. Cuando cruzaron el pasillo, numerosas personas se asomaban a sus puertas, sin disimular su curiosidad.

Disgustado, Kerry empujó a Karen hacia su nueva habitaron. Pidió al conserje que les enviase whisky y hielo, y cerró la puerta de un empellón.

Escrutó con inquietud las facciones de Karen y dijo:

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, aunque por milagro. Y ahora que estamos a solas, te confesaré la verdad, Ted: esos... tipos se proponían violarme. En cuanto cayeron sobre mí, comenzaron a desgarrar mis ropas y agitarse como... Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—Comprendo —tragó saliva Kerry—, Todo parece sugerir que tus visitantes de esta noche pertenecen al mismo grupo de individuos que forzó a Taly Rivera y a las otras dos jovencitas. En cuanto a ese apagón... no me parece casual, sino provocado. Ellos saben moverse libremente en las tinieblas. El apagón, por tanto, favorecía sus planes.

—Sí, eso me temo —asintió Karen—. Y ahora que pienso, ¿no te parece excesivo forzar un apagón general en una dudad como Albuquerque sólo para violar a una mujer?

Kerry se separó de ella unos pasos y susurró.

—¡Escucha!

Ululantes alaridos de sirenas rompían el silencio nocturno. Ambos se aproximaron a la cristalera de la terraza, descorrieron la

cortina y miraron ávidamente. Desde la planta novena del Santana Inn se divisaba una gran extensión de la ciudad.

Azuladas luces destellantes recorrían las calles y avenidas, y el sonido angustioso y urgente de las sirenas se expandía sobre la ciudad.

En aquel momento llamaron a la puerta y Karen se agitó de un brinco.

No había motivo de alarma: el que llegaba era un camarero con el whisky y el hielo pedidos por Kerry. Ted tomó el carrito, cerró la puerta y sirvió licor en dos vasos, uno de los cuales ofreció a Karen.

—Tenias razón —dijo Kerry—. No se trata de un caso aislado de violación, al parecer. Voy a llamar al comisario Coronado.

Alzó el auricular y pidió línea a la telefonista de servicio. Un momento después escuchaba la voz de Ernie Coronado:

—¿Cómo lo ha adivinado, doctor Kerry? En efecto, desde hace un par de horas llegan constantemente a comisaría llamadas de socorro y denuncias por intento de violación. Bueno, por desgracia, no todo han sido intentos, pues en varios casos las violaciones se han consumado. ¿Cómo? ¡Sí, sí, en todos los casos eran grupos de tres individuos! ¿El apagón? Al principio creímos que se trataba de una avería casual, pero cuando comenzó a expandirse la alarma... lo siento, doctor Kerry, pero tengo que atender otras llamadas. Tengo en pie a todos mis hombres, e incluso pienso si no sería más razonable solicitar la ayuda del Ejército. Mañana hablaremos con más calma, doctor Kerry. Buenas noches. O, mejor dicho, buenos días. Pronto amanecerá.

Cuando Kerry colgó, Karen captó una rara expresión en su rostro.

—¿Qué?

—Más de cien asaltos a mujeres han ido produciéndose a lo largo de la madrugada. El tuyo, pues, no es el único caso, ni mucho menos. Pero ¿cómo es posible? —se preguntó Ted, absorto—. Es... como si un ejército de violadores hubiera caído sobre la ciudad. El comisario Coronado asegura que en todos los casos fueron grupos de tres individuos los que cometieron los asaltos. Y siendo así, hay que imaginar que centenares de sádicos individuos se han propuesto expandir el terror en la ciudad.

Karen asintió con un gesto dramático.

Y dijo:

—Ted, éste no es un fenómeno normal, lo sospeché desde el principio.

Kerry parpadeó. Recordó en aquel momento las palabras de la doctora Sally Thomas, al día siguiente de que Taly

Rivera trajera al mundo catorce pequeñas criaturas de singulares características. Sally había dicho: *«Estos no son simples bebés. No son bebés corrientes. Ni siquiera creo que sean humanos*.»

Ted bebió un largo trago de whisky. Y se volvió a mirar a Karen, todavía envuelta en su toalla rosa.

—¿Qué sospechaste desde un principio?

—Hay algo raro, inexplicable en este asunto. En primer lugar, trescientos hombres no se ponen de acuerdo para cometer violaciones de jovencitas. —Esperó a ver el efecto que sus palabras provocaban en Kerry y continuó—: Tampoco es normal que varias muchachas violadas den a luz a catorce o más criaturas, que, curiosamente, *son siempre varones.*

Aceptó el cigarrillo encendido que Kerry le ofrecía y aspiró profundamente el humo.

—Esos tipos son... diferentes.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Olvidas que tres de ellos acaban de visitarme esta noche? Ted, cuando se abalanzaron sobre mí experimenté un horror indescriptible. No pude verles, pero sí palparles. Y su piel era fría y rugosa, áspera como la de un reptil...

Kerry, que observaba a través de la cristalera, se volvió, muy agitado.

—Pero yo también los vi. Iban *vestidos, parecían* hombres —protestó.

—Yo no creo que sean seres humanos, tal como tú y yo podemos entenderlo. En la oscuridad, relumbraban enormes sus redondos ojos amarillos. Son esos ojos de nictálopes los que le permiten ver

perfectamente en la más densa oscuridad. ¿ Recuerdas el ruido de sus motos, allá en Mesa Negra Quarry? Rodaban temerariamente en medio de las tinieblas, sin cometer el menor error. Harry Beltrán y sus agentes debieron despeñarse en la cornisa cuando un grupo de esos nictálopes les salió al encuentro...

Kerry la miró de hito en hito.

—¿Piensas que esos... nictálopes no son seres de este mundo? —preguntó, incrédulo.

—Sí, eso es lo que pienso —jadeó ella. Y su magnífico busto se hinchó atractivamente bajo la toalla rosa.

De repente, Ted Kerry comenzó a exudar copiosamente. Sus facciones saludables se tornaron de un tono gris muy desagradable.

Alarmada, Karen le tomó las manos y le escrutó con ansiedad.

—¡Ted! ¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

—No. Estoy bien. Ya pasó.

—No disimules. Estás empapado en sudor. Algo ha pasa do por tu mente... Algo que te ha llenado de espanto —sugirió ella, solícita.

Kerry tragó saliva.

—Tienes razón. Imaginé por un momento que esos tipos, los nictálopes, hubieran logrado violarte, mancillar tu cuerpo maravilloso. Y... Bueno, me sentí invadido por la angustia.

Karen se sintió emocionada.

—Nunca lo hubiera consentido. No, al menos mientras estuviera viva —dijo.

Se separó lentamente de él con una sonrisa indefinible animando sus carnosas facciones.

—¿Adónde vas? —susurró él, inquieto.

—A ponerme bajo la ducha. Luego tú y yo dormiremos juntos. No quiero que te separes de mí. Al fin y al cabo —tornó a sonreír amorosamente—, desde el momento en que te vi sospeché que esto terminaría ocurriendo, antes o después...

CAPÍTULO X

Era un hombre alto y membrudo, delgado, de espesa y rizada cabellera canosa, facciones marcadas, grandes cejas arqueadas y ojos azules y penetrantes. Debía tener más de setenta años y la edad había arqueado considerablemente su espalda.

Permanecía en cuclillas sujetando una cuerda sobre el borde del seto que se disponía a recortar. Más allá del macizo brotaba una profusión de flores de geranios dobles, de todos los colores imaginables.

—¿Profesor Campbell? —preguntó amablemente.

El anciano giró la cabeza y miró a Ted Kerry. Por un momento, en sus ojos azules brilló el enojo, pero sólo fue un chispazo, pues en seguida se incorporó con notable agilidad y vino al encuentro del recién llegado, tendiéndole la mano.

—¡Ah, usted debe ser el doctor Kerry! —exclamó, sin dejar de observar ávidamente al joven médico—. Venga, venga conmigo. Le daré una taza de café.

—Lamento interrumpirle, profesor. De haber sabido que estaba ocupado...

—Vamos, vamos, no es nada. En realidad, no tengo ya otra cosa que hacer sino cuidar estas plantas. Venga por aquí —indicó Campbell.

Caminaron por un senderillo en dirección a la casa.

—Tiene un magnífico jardín, profesor Campbell —apreció Kerry.

El viejo profesor se esponjó como un pavo real.

—Verdaderamente, no está mal. Ya no tengo fuerzas suficientes para dedicarme a mis excursiones de antes, de modo que invierto mi ocio en cuidar de estos árboles y plantas. No solamente ornamentales, como verá, pues también poseo ese pequeño huerto en el que crío toda clase de hortalizas y frutas.

La casa era un alargado *bungalow* funcional, rodeado de sicómoros y sauces. Entraron y Campbell precedió a Kerry hasta la cocina, en la que borboteaba una cafetera. Ofreció asiento al médico y sirvió el café.

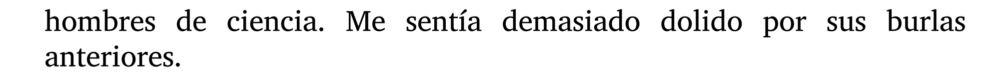
—Bien, hablemos ahora. ¿Qué le ha traído hasta mi alejado retiro, doctor Kerry? —planteó el anciano profesor de Geología.

—Es acerca de ese lugar llamado Mesa Negra Quarry. Hice unas indagaciones en la universidad y uno de sus catedráticos me habló de usted y de sus exploraciones en aquel paraje. Según parece, usted sustenta una singular teoría respecto a...

—¡Ah, la vieja polémica! Ese asunto me ha provocado algunos dolores de cabeza, doctor Kerry. ¿Qué es lo que quiere saber, exactamente?

—El origen del colosal bloque de mármol gris hundido en la hondonada de Mesa Negra. Usted dijo que se trataba de un aerolito.

—*Es un aerolito* —especificó Campbell, con un leve trémolo en la voz—. Verá, la primera vez que observé Mesa Negra me pareció muy extraña la configuración de aquel lugar. La hondonada en forma de anfiteatro parecía producto de la tremenda colisión contra el suelo de un gran aerolito. Un caso parecido al de Arizona. Escribí una tesis al respecto, pero mi hipótesis fue rebatida y algunos colegas me llamaron visionario. Fue inútil que sometiera a la prueba del carbono 14 algunos fragmentos de mármol gris, que yo mismo arranqué de Mesa Negra. El resultado de aquella prueba me desveló la verdad: el aerolito debió estrellarse contra la corteza terrestre hace unos seiscientos mil años. Por otra parte, la consistencia e incluso el color de la enorme veta de mármol gris son absolutamente distintos del mármol que puede encontrarse en nuestras canteras. Todo ello vino a confirmar mi teoría. Sin embargo, no comuniqué tales resultados a los


hombres de ciencia. Me sentía demasiado dolido por sus burlas anteriores.

—Así que realmente se trata de un gigantesco pedrusco, procedente de otros mundos —sugirió Kerry, admirado y excitado.

—Sin duda —respondió el profesor, entre sorbo y sorbo de café.

—Sin embargo, la multitud de galerías, cavernas y cárcavas que he visto allí debieron ser excavadas por la mano del hombre. Tal vez los indígenas de estas tierras, apaches y chiricahuas, tallaron el mármol para fabricarse refugios. ¿O cree que tales oquedades son producto de la erosión?

—De ninguna manera —denegó vivamente Campbell—. El mármol es demasiado duro para que los indígenas o los elementos pudieran excavar el dédalo de pasadizos interminables que atraviesa el aerolito. Yo creo que esas galerías y agujeros estaban ya cuando el aerolito se precipitó, hace seiscientos mil años, contra la Tierra.

—Fascinante —murmuró Kerry.

Terminó su café y agradeció al profesor Campbell sus atenciones.

—Estoy absolutamente seguro de que su teoría responde a la realidad, profesor —dijo, sin disimular su excitación—. Creo firmemente que ese gran pedrusco gris de Mesa Negra Quarry llegó desde las estrellas.

Los duros ojos azules de Campbell se dulcificaron.

—Gracias, joven —expresó apretando sus manos cordialmente —. Ignoro cuál es su interés en este asunto, pero su fe me compensa de la desconfianza de mis propios colegas. ¿Permanecerá aún algunos días en Nuevo México? Si es así, me gustaría mucho que volviera a visitarme.

—Así lo haré, profesor —respondió Kerry. Y se despidió de Campbell.

A mediodía volvía a reunirse con Karen en el hotel. Al ver el maletín que Kerry portaba, la joven enarcó una ceja.

—¿Qué llevas ahí?

—Una lámpara de infrarrojos y unas gafas especiales, que permiten ver en la oscuridad. También hay un par de pistolas ametralladoras, que pedí a Ernie Coronado esta misma mañana. Dadas las circunstancias, tenemos que ser prevenidos.

—Pero esas gafas…

—No pensaba decírtelo, pero no quiero ocultártelo. Coronado me ha dicho que ha retirado el retén de vigilancia en Mesa Negra Quarry. Así que he decidido hacer una visita a aquel lugar, esta misma noche.

—¿Tú solo? Ni lo pienses. No te dejaré ir… a menos que me permitas acompañarte.

—No puedo, Karen. O mejor, no quiero que te expongas. Ahora… estoy seguro de que en Mesa Negra Quarry está la solución al enigma que nos apasiona. Hay demasiadas preguntas sin respuestas y yo pretendo saciar mi curiosidad cuanto antes. Coronado me explicó algunas asas respecto a la ola de asaltos y violaciones de anoche. ¿Sabes que la policía no consiguió detener a uno solo de los asaltantes?

—¡Dios mío! ¿Es posible?

—Tal como lo oyes. Cuando los policías llegaban a la casa de la que había partido una desesperada llamada de auxilio, los misteriosos violadores se habían esfumado en el aire. Treinta y dos mujeres jóvenes fueron violadas anoche, pero ni uno solo de los criminales fue hallado. Y pienso que la revelación de este misterio sólo puede encontrarse en Mesa Negra Quarry. Iré esta noche. Discretamente, he alquilado un *jeep*. Dentro de un par de horas me pondré en marcha.

—Y yo iré contigo —declaró Karen, mordiéndose el labio inferior—. Antes yo tenía que convertirme en tu sombra por obligación profesional. Ahora… no te dejaría solo por nada del mundo.

—Pero, Karen, puede ser muy peligroso.

—¿Y no lo es para ti? Si tú estás dispuesto a cometer la locura de ir allí sin la protección de la policía, yo te seguiré. ;No te opongas! —exclamó, tremante, al ver que Ted iba a protestar—. No podrás impedírmelo.

Kerry dejó escapar un suspiro. Luego sonrió, la tomó suavemente por la cintura y besó profundamente su boca de labios carnosos.

—Está bien, pequeña loca. Iremos los dos —decidió. Y añadió para sí—: Ojalá no tengamos que arrepentimos.

CAPÍTULO XI

Kerry detuvo el *jeep* al borde de un promontorio pedregoso.

El sol acababa de ocultarse, pero los largos estratos nubosos de Poniente iluminaban claramente la hondonada.

Desde la altura en que se encontraban Ted Kerry y Karen DeComby se divisaba Mesa Negra en toda su longitud. El ciclópeo bloque de mármol gris debía tener unos mil doscientos metros de largo por seiscientos de ancho y algo más de trescientos cincuenta de altura. Esto era lo que estaba a la vista, pues el aerolito debía estar profundamente hincado en el fondo de la hondonada circular.

Kerry extrajo unos prismáticos de largo alcance de su funda y oteó los alrededores. No detectó el menor movimiento en cuanto abarcaba su vista, ni siquiera cuando dirigió los prismáticos hacia los distantes acantilados —a unos cinco kilómetros de distancia— donde se hallaba la cabaña de los Vargas.

—Tendremos que abandonar el *jeep* —advirtió Kerry—. Es demasiado tarde para describir un rodeo que permitiera al vehículo llegar abajo.

—¿A qué esperamos? —exclamó, Karen, animosa—. Descendamos antes de que se haga de noche.

Ella fue la primera en bajar del *jeep*. Los cortos pantalones que vestía le permitieron exhibir sus largas piernas bronceadas, lo que provocó una mirada ávida por parte del médico, el cual bajó de un salto y se ajustó a la cintura el cinturón del que pendía una Magnum ametralladora y cinco cargadores de veintidós balas.

Cargado con el maletín en el que llevaba el equipo doble de visión nocturna, descendió por la vereda, seguido de Karen, que también llevaba la pistola colgando de la cintura.

Cuando llegaron al fondo, ambos estaban empapados en sudor. Kerry dirigió una mirada llena de desconfianza al inmenso bloque negruzco y escogió para apostarse unos matorrales que crecían en la pedriza.

Rápidamente oscureció. Cuando se hizo de noche por completo, Kerry abrió su maletín y sacó los dos cascos provistos de lámparas a infrarrojos. Ajustó uno cuidadosamente en la cabeza de Karen y le tendió las gafas.

Ella exhaló un gritito de sorpresa al comprobar que las tinieblas insondables desaparecían de repente.

—¡Ted! Es maravilloso... ¡puedo ver en la oscuridad! —susurró.

Pero él la hizo callar oprimiéndole un brazo con urgencia.

—¿No oyes? ¡Escucha!

De algún sitio no lejano provenía un zumbido potente, que en pocos segundos aumentó de volumen hasta convertirse en un estrépito horrísono, capaz de herir los oídos.

—¡Allí, allí! —exclamó Karen, temblorosa.

Señalaba hacia la base de Mesa Negra, extendiendo un brazo rígido por encima de los matorrales espinosos que les servían de escondite.

Semejaba un hormiguero del que brotaban veloces hormigas-caballo. Las potentes motocicletas parecían brotar de la roca viva y corrían como exhalaciones, desparramándose en todas direcciones.

Una de ellas venía directamente hacia la ladera pedregosa erizada de matorrales, en la que se ocultaban Ted y Karen. Tan rectamente que Kerry temió que les hubieran descubierto.

Pero no. La máquina trepidante se desvió a pocos metros de distancia, arrojó sobre los matorrales un chorro de fina gravilla y ascendió, rugiendo, la ladera.

Ted pudo verlo todo con relativa nitidez. Tres individuos, que vestían ropas holgadas y cubrían sus cabezas de motorista, cabalgaban en la máquina, que ascendía vertiginosamente la pendiente pedregosa, alejándose.

—¡Ted, son... centenares de ellos! —musitó Karen a su oído.

El ruido aumentaba locamente, como si acabasen de dar la salida a los temerarios participantes en una diabólica carrera de moto-cross. Docenas, quizá centenares de motos todo-terreno cruzaban la hondonada a terrible velocidad y se alejaban, ladera arriba estruendosamente.

—¡Fíjate! —susurró Karen, temblorosa la mano que aferraba el brazo de su compañero—. Son grupos de tres... ¡siempre grupos de tres!

Ted contuvo una tos. Las ruedas de tacos de las máquinas elevaban una espesa polvareda que lo invadía todo. Rugían los motores y las motos escalaban espectacularmente la pendiente, hasta desaparecer en las alturas.

El estruendo apenas duró diez minutos. Repentinamente, todo ruido cesó y volvió el silencio, aunque en la distancia seguía oyéndose el rumor lejano de los escapes.

—No he podido contarlas. ¡Imposible, en medio de ese caos! Pero aseguraría que son por lo menos ciento cincuenta máquinas, Ted. ¡Imagínate! Cuatrocientos cincuenta criminales motorizados, dispuestos a caer como vampiros sobre las ciudades más próximas.

Ted se estremeció. Era evidente que la amenaza iba en aumento. La noche anterior, cien grupos de tres salvajes violadores había caído sobre Albuquerque. Esta noche... eran más de ciento cincuenta. ¿Cuántos serían a la noche siguiente?

Aguardaron durante media hora, asustados e indecisos. Pero el silencio era ya absoluto y todo permanecía en calma.

—Vayamos a echar una ojeada —se decidió Kerry.

Abandonaron con cautela su refugio y caminaron aprisa en

dirección al farallón marmóreo.

—Al fin y al cabo, ellos se esconden aquí —dijo Ted, cuando se detuvieron al pie del liso acantilado—, ¿Cómo, entonces, nos fue imposible hallarlos cuando registramos este laberinto de pasadizos? ¡No me lo explico!

Guió a Karen hasta una de las cavernas. Ella se detuvo un momento, quizá asustada, pero siguió a Kerry cuando éste penetró en el seno de la roca.

Avanzaron cautelosos a lo largo de una galería. Las paredes del subterráneo eran tan lisas y pulidas como si un orfebre las hubiera trabajado.

Fatigada, Karen se detuvo y apoyó una mano en el muro, que retiró vivamente.

—¡Jesús! —murmuró, agitando los dedos—, ¡La pared arde!

Kerry palpó el muro con precaución. Karen no había exagerado: el mármol quemaba sus dedos. Y además expandía una leve, pero perceptible vibración.

Continuaron adelante. Algo indefinible les guiaba. ¿Quizá aquella vibración de los muros del pasadizo, que se iba tornando más fuerte a medida que avanzaban?

Al final de la galería, Ted advirtió un reflejo cobrizo. Caminaron unos doscientos metros, siempre en descenso, y se detuvieron, pasmados de asombro, ante aquella enorme puerta de diseño oval. Al otro lado, brillaba aquel fulgor rojo y tenue.

—¿Qué es esto? —murmuró Karen, sobresaltada.

—No lo sé. Parece una enorme cápsula metálica incrustada en la roca. Presiento que he estado en este mismo lugar, pero la galena terminaba aquí mismo. No había nada de esto cuando exploramos las cavernas —respondió Kerry, absorto.

Hinchó sus pulmones de aire y pasó a través del metálico marco oval. Sus pies, calzados con cómodas zapatillas de campo, pisaron la bruñida plancha metálica sin fin.

Alzó la mirada, incrédulo, hacia la altísima bóveda oblonga, a cuyos costados se extendían plataformas colgadas de increíble diseño.

Karen apretaba tan fuerte su mano derecha que le hacía daño. Pero Ted no dijo nada. Ambos contemplaban hipnotizados la vastísima extensión subterránea, en cuyos confines la vista llegaba a perderse. Y luego, sus ojos descendieron al espejeante suelo, en el que aparecían marcadas, polvorientas, las huellas de neumáticos de motocicletas.

El silencio era absoluto, pero Kerry percibió que algo *estaba vivo* dentro de aquel colosal receptáculo metálico. La tenue luz roja lo llenaba todo de una forma espectral, casi irreal.

—Más parece una pesadilla que una experiencia real —susurró Karen a su oído.

Kerry no hizo ningún comentario. De improviso se separó de ella y ascendió a través de una de las rampas helicoidales que ascendían hasta las plataformas superiores,

Karen exhaló un gritito y le siguió, medrosa.

Arriba, se detuvieron un momento para contemplar los interminables paneles hexagonales que se extendían por los muros metálicos.

—Parece un gigantesco panal —murmuró Karen, desmesuradamente abiertos sus bellos ojos, que ahora reflejaban más miedo que asombro.

Kerry movió la cabeza afirmativamente.

—Es… inconcebible. Veamos —dijo.

Y avanzó hacia el panel y dirigió una mirada ansiosa a través del transparente cristal hexagonal.

La mate luz rojiza iluminaba un cuerpo antropomórfico desnudo, de un desagradable color gris. Era una criatura de aspecto antropoide, del tamaño de un adolescente. Pero no era exactamente una criatura humana: su piel gris era rugosa y áspera, y formaba escamas. Una arista sagital cruzaba el mondo cráneo y los arcos superciliares sobresalían increíblemente bajo la frente. La nariz apenas eran dos agujeros nasales; la boca entreabierta dejaba ver unos dientes animalescos, triangulares, sumamente afilados y la mandíbula inferior era prognática, semejante a la de un animal carnicero. Los brazos y las piernas eran largos y delgados y terminaban en tres dedos, con largas uñas cilíndricas, muy aguzadas. De los talones salían unas excrecencias óseas, afiladas como cuchillas, remotamente parecidas a

los espolones de los gallos de pelea.

Aquel ser se movió un poco, entreabrió las fauces y mostró un par de sobresalientes colmillos de cinco centímetros de longitud. Y un momento después los párpados, como membranas, se movieron y dejaron ver dos ojos amarillos, como topacios, con venillas sanguinolentas, desprovistos de iris.

Kerry se apartó vivamente al sentir clavada en sí aquella mirada muda y penetrante. Con mayor precaución, examinó las siguientes celdillas y comprobó que cada una alojaba a una criatura en mayor o menor grado de desarrollo. Algunas tenían prácticamente el tamaño de un hombre adulto, pero ninguna era inferior a un adolescente.

—Son exactamente iguales a las criaturas que parió Taly Rivera en la Clínica Greenwood —pensó en voz alta Kerry.

Y Karen se estremeció.

Aún tuvieron valor suficiente para explorar las plataformas colgadas y comprobar que aquellas miles de celdillas hexagonales contenía cada una, una criatura.

Luego Karen sufrió un estremecimiento profundo y comenzó a sollozar.

—Todo esto es... terrible. ¡Huyamos de aquí, Ted! No quiero pensar qué nos ocurriría si... si... si volvieran los de las motos y nos encontraran en este lugar —murmuró, despavorida.

En lo más íntimo de Ted Kerry pugnaban la curiosidad y el temor. Pero vio a Karen tan asustada y fuera de sí, que finalmente optó por atender sus ruegos.

Descendieron por la rampa helicoidal, atravesaron la inmensa planta inferior y buscaron la salida en forma de óvalo. Desde la galería, Kerry dirigió una mirada insistente a las alturas. Allá, en la oscuridad, vio suspendida una enorme losa de mármol gris. Bastaba con hacer descender aquella losa hasta el fondo de la galería, para que el pasadizo quedase cortado e inexpugnable.

Volvieron aprisa por la galería subterránea y dejaron escapar sendos suspiros cuando se encontraron en el exterior.

No se detuvieron a tomar un respiro. Escalaron ágilmente la pendiente pedregosa, llegaron arriba y descubrieron, tranquilizados, la

silueta oscura del *jeep.*

Cuando subieron al vehículo, Karen se abrazó apretadamente a Kerry y murmuró:

—Si no fuera porque puedo tocarte y sentirte vivo muy cerca de mí, pensaría que he sufrido una pesadilla.

—Pero no lo es, aunque todavía no podamos concebirlo —respondió él, todavía impresionado por lo que habían descubierto—. Ahora, será mejor que nos alejemos de este lugar. Tengo que ponerme al habla inmediatamente con míster Wilkinson. Es urgente que las autoridades conozcan la verdad.

Puso en macha el motor del *jeep.* Ya iba a encender los faros, cuando comprendió que no eran necesarios, pues los equipos de visión por infrarrojos les permitían ver discretamente en la oscuridad.

El vehículo descendió del acantilado a pequeña velocidad hasta hallar el camino que les había llevado allí al atardecer. Treinta kilómetros más allá el camino desembocaba en la estrecha carretera que llevaba a Corrigan. No llevaban más que unos minutos rodando por la carretera, cuando vieron destellar a lo lejos las luces azuladas de un auto-patrulla de la policía.

Eran las cuatro de la madrugada. Una hora más y amanecería. Cuando las luces del automóvil policial se acercaron, Kerry aflojó la marcha y detuvo el vehículo al borde de la cuneta.

—Incomprensible —murmuró—. El comisario Coronado afirmó que había retirado a todos sus agentes de esta zona. Según él, necesitaba a todos sus policías para la cobertura de seguridad en las ciudades menos protegidas. ¿Qué hace, entonces, ese patrullero en un lugar tan alejado?

El automóvil policial se acercaba a gran velocidad, dejando en pos de sí una espesa polvareda blanquecina. De repente, el vehículo frenó a unos doscientos metros de distancia hasta quedar completamente inmóvil.

Sin embargo, ningún policía descendió del coche. Por otra parte, ¿por qué se había detenido a doscientos metros de distancia del *jeep?*

Transcurrieron unos minutos. Perplejo, Ted Kerry puso el motor del *jeep* en marcha y avanzó despacio.

—Quitémonos los cascos de infrarrojos —propuso a Karen—. No me gustaría que esos policías nos confundieran con nictálopes y comenzaran a disparar contra nosotros sin previo aviso.

Encendió los faros del *jeep* y siguió adelante hasta detenerse a unos diez metros del coche policial. Antes de bajar se despojó del cinturón, la pistola ametralladora y los cargadores.

Luego echó pie a tierra y caminó hacia el auto-patrulla. Haciendo pantalla con una mano ante sus ojos, Kerry escudriñó al interior del coche policial. A través de los cristales, columbró las siluetas de tres policías vestidos de uniforme.

Sacó de un bolsillo su credencial de agente del Gobierno y la mostró ostensiblemente, mientras inclinaba la cabeza para ver mejor y exclamaba:

—Soy el doctor Kerry y...

Enmudeció de repente. En la oscuridad del interior del auto-patrulla, acababa de ver unos grandes ojos redondos, amarillos, reflectantes... como los ojos de los nictálopes.

Y comprendió. Comprendió súbitamente un segundo antes de que el coche se abalanzara rugiente sobre él.

Saltó ágilmente de costado y aterrizó violentamente sobre el asfalto. No se detuvo a considerar la feroz costalada: rodó vertiginosamente sobre el pavimento hasta alcanzar la cuneta.

El auto-patrulla se alejaba ya a toda velocidad en la noche y pronto no quedó otra huella de su paso que la polvareda acre y el reflejo rojizo de sus pilotos posteriores.

Poco después Kerry se alzó del suelo barbotando entre dientes. Los espinos de la cuneta se habían clavado dolorosamente en sus brazos desnudos y en su rostro. Sentía correr hilillos de sangre por sus mejillas, pero su primer pensamiento fue para Karen.

En el instante en que cruzaba la carretera hacia el *jeep,* brotó a su espalda un zumbido potente y estrepitoso. Corrió con todas sus fuerzas, tomó a Karen por un brazo y la hizo bajar.

—¡Aprisa, aprisa! ¿No los oyes? ¡Son ellos, que regresan!

Atrapó el cinturón con el arma de un zarpazo e impulsó a Karen

por encima de la cuneta. En la oscuridad, tropezaron y cayeron, rodando brutalmente por un terreno cubierto de abrojos.

El estrépito de los escapes de las motos estalló en sus oídos cuando Kerry trataba de proteger a la mujer con su propio cuerpo.

A la luz lívida del amanecer, vio llegar a la horda motorizada, que segundos después rodeaba el *jeep*.

Por encima de los zumbidos de los motores, se oyeron sus gruñidos. Varias de aquellas criaturas subieron al *jeep* y pusieron en marcha el motor.

Luego creció el estrépito de los motores y las máquinas se alejaron hacia las montañas, seguidas del *jeep* que conducía uno de los nictálopes.

CAPÍTULO XII

Míster Harry Wilkinson llegó al aeropuerto de Albuquerque a las ocho de la tarde. Le estaban aguardando el gobernador, míster Justin Álvarez; su secretario, Allan Pardo, el SAC del FBI Terence Long y el comisario Coronado.

Wilkinson subió al Continental con el gobernador y su secretario, mientras los policías se acomodaban en otro automóvil. Protegido por policías motoristas, las autoridades se dirigieron directamente a la residencia del gobernador.

—He venido aquí por mandato directo del presidente. Me ha encargado que esclarezca de una vez por todas este embrollo. De mañana, recibí el informe del doctor Kerry, pero les confieso que todo lo que Kerry me dijo se me antoja una locura.

—¡Y lo es! —exclamó Terence Long, ferviente—. Ese nombre, Kerry, posee una imaginación desbordante, capaz de enloquecernos a todos... si le hacemos caso. Llegó esta mañana a mi despacho, lleno de rasguños y hematomas y... hablando de extraterrestres! Señor Wilkinson: yo soy un nombre ponderado y discreto, pero no pude por menos que sugerir al doctor Kerry que fuera a darse una ducha fría antes de pronunciar semejantes insensateces. Mi opinión personal es que se había emborrachado a conciencia. O drogado, quizá.

Wilkinson produjo un leve carraspeo:

—He citado aquí al doctor Kerry y a una de mis empleadas, la señorita DeComby. La cita era a las nueve de la noche. Esperémosles.

Sin embargo, Ted Kerry y Karen DeComby no llegaron al palacio del gobernador hasta las diez y media de la noche. No venían solos: les acompañaba un anciano de rizados cabellos grises, soberbia estatura y ojos penetrantes.

—Se ha demorado bastante, doctor Kerry —le amonestó Wilkinson—. Por otra parte, sólo le había citado a usted y a la señorita DeComby. ¿Puede decirme quién es su acompañante?

—El profesor Anthony Campbell, decano de la Universidad de Albuquerque y eminente profesor de geología —presentó Kerry, sin dejarse intimidar por las miradas de censura de los cuatro caballeros que les aguardaban—. He rogado al profesor Campbell que nos acompañe, porque estimo que sus declaraciones puedan ser decisivas a la hora de completar mi informe.

Wilkinson volvió a carraspear. No disimulaba su simpatía por el doctor Kerry, pero se sentía incómodo ante las miradas duras e inquisitivas del hombre del FBI y del rudo comisario Coronado.

—Bien. Estaba previsto que nuestra conferencia tendría lugar durante una cena. Pero dadas las circunstancias, será mejor que nos diga todo lo que tenga que decir, doctor Kerry —especificó míster Wilkinson—. La cena puede esperar.

—Perfectamente. En tal caso, ruego al profesor Campbell les explique algunos hechos relacionados con el lugar llamado Mesa

Negra Quarry.

El profesor habló durante quince minutos. Fue explícito y concreto: describió sus exploraciones en aquella zona, explicó magistralmente sus deducciones y finalmente detalló las pruebas que había llevado a cabo.

—Evidentemente, se trata de un enorme aerolito que cayó sobre la Tierra hace seiscientos mil años —terminó.

—¿Y bien? —interrogó míster Wilkinson a Kerry con la mirada.

Ted hinchó su pecho de aire. El profesor Campbell y Karen DeComby le animaron con sus miradas.

—Se trata de un fenómeno difícil de comprender, señores —comenzó—. Según lo que he comprobado, el colosal aerolito caído en las estribaciones de Mesa Grande contenía en su interior… una verdadera astronave alienígena.

Las exclamaciones de los dos policías demostraban sin lugar a dudas su escepticismo. Pero el doctor Kerry continuó:

—La señorita DeComby y yo hicimos una incursión, anoche, en las galerías de Mesa Negra. Descubrimos una superestructura metálica incrustada en el seno del gigantesco bloque de mármol. Una rarísima estructura, si me lo permiten. El metal de que está construida, sus dimensiones, el diseño interior… todo es extraño y ajeno a la ciencia y a la cultura de nuestro planeta. Confieso que sentimos mucho miedo y que nos apresuramos a salir de allí, pero lo que vimos fue suficiente para respaldar nuestra creencia de que la horda de violadores está formada por extraterrestres…

Describió la salida espectacular de las motocicletas de las cavernas de Mesa Negra y relató igualmente el encuentro del auto-patrulla conducido por nictálopes.

—En el interior de esa superestructura existen miles de habitáculos en forma de celdillas que alojan a otras tantas criaturas de procedencia y génesis alienígena. Son, señor Wilkinson, criaturas como las que trajeron al mundo Taly Rivera, Nancy Vargas y Lola Merchán, violadas por grupos de tres desconocidos… A Taly Rivera y a la señorita Merchán les fueron robados sus extraños hijos… Pues bien, yo estoy seguro de que los secuestradores fueron los seres que se cobijan en las entrañas de Mesa Negra —afirmó Ted Kerry—. Les diré más: los alienígenas, que llegaron a la Tierra en una gran astronave

incrustada en un formidable aerolito de mármol, son todos de un mismo sexo: el masculino. Físicamente, e incluso orgánicamente, son semejantes a nosotros, aunque con diferencias evidentes. Para sobrevivir en un mundo hostil para ellos, como debe ser la Tierra, las criaturas a las que llamaré *nictálopes,* necesitaban vitalmente reproducirse, crecer en número. Violaban a mujeres jóvenes, en las que podían engendrar una docena o más de pequeños seres semejantes a ellos. Después los robaban de las clínicas donde permanecían bajo vigilancia. No cabe duda de que se trata de una verdadera invasión, de una agresión violenta. Le bastará recordar, señor Wilkinson, los asesinatos crueles de varias personas en la Clínica Greenwood, donde yo prestaba mis servicios antes de que usted me convenciera para pasar a depender del Gobierno...

Calló durante unos segundos. Trataba de poner en orden sus ideas, pues se sentía muy excitado.

—Al principio sólo fueron unas cuantas violaciones aisladas. Después fueron creciendo de forma alarmante, en progresión continua —siguió hablando—. Los nictálopes han logrado multiplicarse por miles, y dentro de poco serán cientos de miles. Son inteligentes, tanto o más que nosotros, y pueden desplazarse en la oscuridad impunemente, lo que les permite escapar después de cometer sus violaciones, que no son más que un intento desesperado de multiplicar a los individuos de su raza. Suponen un peligro cierto, aunque rehúyan frecuentemente encontrarse con nosotros, como Karen y yo pudimos comprobar la pasada madrugada Es urgente, por tanto, que el Gobierno adopte medidas drásticas.

Terence Long dejó escapar una risita, que rompió con brusquedad la atención que todos los circunstantes prestaban al relato de Ted Kerry.

—¡Pura imaginación! —exclamó el encargado de la oficina federal—. Después de despedir al doctor Kerry esta mañana, decidí asegurarme y girar una segunda visita de exploración a Mesa Negra Quarry. El comisario Ernie Coronado y yo movilizamos a sesenta agentes, que fueron trasladados a aquel paraje. Penetramos en las galerías con perros policías y registramos todo de arriba abajo. No encontramos esa astronave incrustada en el seno de mármol, no hallamos nada sospechoso. Afirmo aquí que el doctor Kerry es un fabulador y un aficionado a las fantasías más demenciales. La verdad es que se trata de un grupo criminal organizado, pero nada más. Si es preciso, movilizaremos a toda la policía del Estado e incluso traeremos fuerzas de los estados vecinos. Los criminales caerán en nuestras

manos antes o después... Por otra parte, doctor Kerry, ¿cómo puede explicarse que durante seiscientos mil años (aceptando los estudios del profesor Campbell) esos... nictálopes hayan permanecido inactivos y ahora, de repente, hayan decidido pasar a la acción? —planteó, jactancioso.

—Quizá el profesor Campbell pueda aclararle eso —respondió Ted, furioso.

—Hable, por favor, profesor —pidió Wilkinson, excitado.

—La explicación es fácil: los nictálopes llegaron a la Tierra en estado inerte, pues su astronave, que era su refugio, carecía de energía. Luego, a partir de los años cincuenta, se llevaron a cabo numerosas experiencias atómicas en Nuevo México. Las explosiones atómicas expanden radiactividad, energía latente capaz de activar las sofisticadas máquinas de una astronave alienígena. Luego... tengo entendido que desaparecieron cierta cantidad de barras de uranio enriquecido de unas instalaciones estatales secretas, situadas en este mismo Estado... En fin, *ellos* obtuvieron la energía necesaria para salir de su estado de hibernación. Y, luego, aunque lo dude el señor Long, pasaron a la acción.

Se produjo una pausa, tras la declaración del profesor Campbell. Wilkinson vacilaba. Al cabo, increpó a Karen:

—Señorita DeComby, ¿cuál es su opinión al respecto?

—Sólo puedo decirles que acompañé a Ted Kerry a Mesa Negra y que ratifico cada una de sus palabras... ¡Dios mío, salí de allí aterrada! —exclamó, nerviosa—. Por otra parte, yo misma estuve a punto de ser violada por tres individuos hace un par de noches.

—Comprendo su incredulidad —intervino Kerry—, Al principio también yo me negaba a aceptar ciertas ideas, ciertos temores... Pero después llegué al fondo de la verdad por mí mismo. Ya veo que no nos creen. Ojalá no sea demasiado tarde cuando, por fin, se decidan a...

Las luces del despacho de Justin Álvarez se apagaron repentinamente. Se oyó un gritito de susto por parte de Karen, pero el gobernador dijo:

—No teman. Este edificio está dotado de un grupo electrógeno y pronto volverá la luz.

Allan Pardo pugnaba por encender su mechero, cuya llama

aplicó al pabilo de una vela. A la luz amarillenta de la bujía, todos se miraron entre sí, inquietos.

Únicamente Terence Long sonreía con suficiencia.

Por fortuna, la luz volvió unos minutos más tarde.

—¿Lo ven? —se pavoneó el agente federal—. Dentro de poco tendremos la situación bajo nuestro absoluto control.

—¡Ojalá! —respondió el doctor Kerry, cambiando una mirada con Karen—, Aunque mucho me temo que no sea tan fácil como usted dice.

Sus palabras fueron una promoción. En seguida se dejó oír el aviso urgente de las sirenas policiales y los teléfonos del despacho comenzaron a zumbar escandalosamente. El gobernador y su secretario atendían a las llamadas, mientras Terence Long recibía la visita urgente de uno de sus agentes especiales.

—La central eléctrica de Campo Verde ha sido destruida. Hay una llamada de Santa Fe. Y también de Taos —fue informado Allan Pardo, a medida que atendía las llamadas telefónicas—. Hay alarma general en las tres principales ciudades. ¡Una oleada de asaltos, de violaciones...! Tres policías asesinados ferozmente en Taos... Treinta mujeres jóvenes acaban de ser violadas en Santa Fe... La policía no puede atender todas las llamadas de socorro... ¡ Dios mío, esto parece el Apocalipsis! —se lamentó, sudoroso y demacrado.

El gobernador se volvió un momento hacia Kerry, Karen y el profesor Campbell.

—Me temo que tenía razón al afirmar que se trata de una verdadera invasión alienígena, doctor Kerry. Docenas de nuestras ciudades están siendo asaltadas por oleadas de nictálopes. No creo que la policía sea suficiente. Voy a hacer una llamada urgente al Pentágono.

Desde el otro lado de la mesa, Kerry dirigió una mirada insistente a Terence Long. Pero el hombre del FBI desvió sus ojos y se dejó caer sobre su asiento, profundamente abatido.

CAPÍTULO XIII

No pudieron dormir en toda la noche. A través de las ventanas llegaban de la ciudad los alaridos angustiosos de las sirenas, la cadencia metálica y pesada de los tanques militares y el tableteo ominoso y trágico de las ráfagas de ametralladora.

Aquella noche, muchos ladronzuelos de tiendas y supermercados fueron abatidos por los disparos de los excitados policías, que creían ver fantasmas por todas partes. También se produjeron numerosas víctimas entre los noctámbulos y borrachos que pululaban de madrugada por los barrios de la ciudad. Primero los policías y luego los soldados, todos disparaban sin preguntar contra los sospechosos que veían en las calles. Un grupo de *boy-scouts* que no habían recibido la alarma radiada por las autoridades, se disponía a emprender una marcha a pie hacia el sur, cuando fueron interceptados por una patrulla. Sonó una ráfaga de ametralladora pesada. El nerviosismo del soldado que la manejaba fue el milagro que salvó la vida de aquellos muchachos: los disparos surgieron demasiado altos y un oficial cayó en la cuenta de que los presuntos alienígenas sólo eran chiquillos de ambos sexos, dirigidos por sus monitores. Pudo ser una tragedia, pero todo quedó en un amargo incidente, que no se borraría con facilidad de las mentes del grupo de jóvenes excursionistas.

La ofensiva contra los invasores se había llevado a cabo con precisión y rapidez. Si a las once de la noche se produjo en diversas ciudades del Estado la primera oleada de nictálopes, antes de la medianoche los *marines* de Fort Logan estaban en Albuquerque, Santa Fe y Taos, trasladados por poderosos helicópteros de transporte.

Antes de la una de la madrugada llegaron a la residencia del gobernador las primeras noticias positivas. Dentro del caos, la policía

y los militares comenzaban a mostrarse eficaces. En Taos fueron descubiertos varios grupos de invasores motorizados que rondaban barrios extremos y zonas residenciales situadas en las afueras. Las ametralladoras entraron en funcionamiento cuando los sospechosos desobedecieron las órdenes de los agentes de la ley.

—Identificados doce invasores, abatidos por la policía de Taos —informaba Allan Pardo—. Aunque visten chándales y ropas deportivas, los agentes han podido establecer que no son seres humanos, propiamente hablando.

Las fuerzas tuvieron esa noche encuentros con los nictálopes a las entradas de diversas ciudades y en sus carreteras de acceso. A las tres de la madrugada, en la residencia del gobernador se recibía la noticia de casi cincuenta bajas entre los alienígenas invasores.

La televisión y la radio enviaban constantemente avisos a los ciudadanos, aconsejándoles permanecer encerrados en sus domicilios y tratando por todos los medios de tranquilizarles. Se intentaba quitar importancia al incidente, enmascarando la verdad bajo el bulo de que se trataba de un grupo de facinerosos, empecinados en expandir el terror.

Para evitar que la verdad provocara el pánico, los cadáveres de los nictálopes abatidos eran rápidamente escamoteados e incinerados. Para las autoridades, cualquier recurso era preferible a contar la realidad, lisa y llana.

Al amanecer, las autoridades habían recuperado el control de la situación. Cuando las primeras luces del día penetraron a través de las ventanas del despacho del gobernador, el balance de la operación no era precisamente alentador: sesenta y un alienígenas habían sido exterminados, pero también se había producido un número mayor de víctimas entre los ciudadanos —delincuentes o no— y los agentes de la ley. Numerosos vehículos policiales y militares habían volcado o chocado entre sí en la confusión de las primeras horas de la madrugada.

Durante toda la noche, Terence Long se había dedicado a consultar las listas de vehículos robados en los límites del Estado, particularmente motocicletas de gran cilindrada y coches de la policía.

—Son endiabladamente inteligentes —murmuró, mientras sorbía el undécimo café negro de aquella noche—. Aparte de unas doscientas cincuenta motos, han robado una docena de coches auto-patrullas.

¡Así era cómo conseguían escapar sin inspirar sospechas! Haciéndose pasar por policías.

Todavía estaba lamentándose y haciendo recuento de aquellos robos de vehículos, cuando llegó una nueva noticia del aeropuerto: un grupo de individuos motorizados había atacado de improviso a los centinelas militares que guardaban diez helicópteros pertenecientes a los *marines*. Los invasores se habían apoderado de las aeronaves, después de asesinar ferozmente a los vigilantes. Los helicópteros habían despegado, antes de que las fuerzas estacionadas en el aeropuerto fueran capaces de reaccionar.

Tras escuchar la noticia, Ted Kerry se incorporó pesadamente de su asiento.

—Convénzanse, señores —dijo a míster Wilkinson y al gobernador—: la mayor parte de los nictálopes han logrado escapar al cerco. Entiendo que su audacia es inaudita y les ha facilitado la fuga, como puede desprenderse del robo de esos grandes helicópteros de la Marina. Así pues, el daño que han causado en una sola noche a nuestra comunidad es muy superior al castigo que les hemos inflingido. Creo que para abortar de raíz la terrible amenaza que suponen esos seres venidos de otro mundo no queda sino una solución.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono el hombre de Washington y el gobernador.

—A estas horas, los nictálopes han regresado a su refugio de Mesa Negra Quarry. Sería preciso destruirlos en su propio cubil —pronunció Kerry con voz serena.

—Sí, es preciso exterminarlos antes de que centenares o miles de jóvenes sufran en sus carnes el ataque de esos seres que pugnan por aposentarse en nuestro planeta, sin reparar en las más feroces orgías sangrientas —le respaldó Karen DeComby—. Ellos han conseguido reproducirse rapidísimamente. Si no les atacamos con dureza, los miles de criaturas de hoy serán decenas de millar mañana, cientos de miles dentro de una semana, millones probablemente dentro de un mes. ¿Es que no entienden todavía la gravedad del problema? —se impacientó.

Harry Wilkinson y Justin Álvarez intercambiaron una mirada. No contaban ya con el comisario Coronado —que se había ausentado— ni con Terence Long, que continuaba consultando obsesivamente

sus listas de vehículos robados.

—Creo que ambos tienen razón, gobernador —habló Wilkinson —. Debe usted ponerse al habla inmediatamente con la Casa Blanca.

—Lo haré ahora mismo —se decidió Justin Álvarez—, Y me temo que para esta situación sólo haya una solución: misiles con cabezas nucleares.

* * *

Muy próximos entre sí, contemplaron el ataque de los bombarderos desde tres mil metros de altura. Tanto Kerry como Karen habían insistido en volar en el mismo avión desde el que el gobernador y míster Wilkinson supervisaban la operación militar.

Los velocísimos F-18-A picaron sobre el anfiteatro que rodeaba Mesa Negra y los misiles dejaron tras sí su leve estela gaseosa.

Eran las ocho de la mañana de un tórrido día de verano cuando, allá abajo, se produjeron las apocalípticas explosiones.

A distancia y altitud de seguridad, Ted Kerry se preguntó si Dick Vargas y sus padres habrían sido evacuados a tiempo. Desde las seis y media de la mañana las emisoras de radio y televisión habían emitido continuos avisos, conminando a abandonar el área a cualquier persona que pudiera encontrarse en un radio de acción de treinta millas alrededor de Mesa Negra Quarry. La Guardia Nacional y el Ejército se habían ocupado de evacuar a las escasas familias que habitaban en aquellos desolados parajes. Pero...

Enormes nubes en forma de hongo se alzaron de la hondonada, borrando los contornos del anfiteatro. Allá abajo, a la onda expansiva brutal, sucedió la oleada térmica, capaz de fundir rocas e incluso metales.

—Todo ha terminado —suspiró Karen, cuando el avión comenzó a alejarse en sentido contrario al del viento dominante.

Kerry asintió de una cabezada y entornó los ojos, pues los párpados le pesaban como el plomo. Pero Karen le zarandeó con inusitada energía.

—¡¡Ted, Ted, mira eso!!

Eso era una enorme forma metálica, parecida a un gigantesco caparazón de tortuga, que emergía fulminantemente de entre las nubes de fuego que asolaban Mesa Negra.

Kerry siguió el ascenso de la astronave con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Dios santo, no es posible! ¡Escapan, son inmunes a la destrucción nuclear! —exclamó, seca la garganta.

Un misil trazó el aire en busca de la astronave que expandía a su alrededor fulgores rojizos. La explosión se produjo a unos diez metros de altura, pero la astronave surgida del aerolito prosiguió imperturbable su ascensión hasta perderse en el firmamento.

* * *

Algún tiempo después, cuando el avión en el que viajaban Kerry y Karen descendía sobre las pistas de Fort Logan, ella

dijo:

—Tal vez haya sido mejor así. Ojalá no vuelvan jamás a la Tierra —deseó fervientemente—. Ellos... eran tan diferentes a nosotros.

—Sí. ¡Tan diferentes y... tan semejantes! —respondió Kerry, como un eco.

El avión aterrizó suavemente y rodó por la pista hacia la torre de control.

Cuando Kerry y Karen descendían del aparato, Harry Wilkinson se acercó a ellos. Se miraron los tres y se encontraron igualmente pálidos, demacrados y agotados.

—Doctor Kerry, el presidente ha seguido la operación a través de la televisión en circuito cerrado. Acaba de encomendarme que les traslade a ambos su reconocimiento y satisfacción por la ayuda inapreciable que han prestado a la seguridad nacional. El presidente

piensa proponerles a ambos para la Medalla del Congreso —dijo Wilkinson.

—Una recompensa excesiva —respondió Kerry, sincero—, pero la aceptaremos si el presidente estima que la hemos merecido.

—Desde luego —asintió Wilkinson—. En cuanto a su colaboración con mi departamento, imagino que no le interesa ya.

—En efecto. Pienso volver a mi trabajo habitual en la Clínica Greenwood. Es una tarea mucho más... tranquila —respondió Kerry—. Y por cierto, tendrá que prescindir también de su colaboradora, la señorita DeComby. Karen le enviará su dimisión dentro de unos días, ¿no es cierto?

Ella le miró con estupor. Pero Ted le sostuvo la mirada y Karen asintió maquinalmente. Comprensivo, Wilkinson estrechó sus manos y se despidió de ellos con una sonrisa de complicidad.

En el aeropuerto, un oficial puso a disposición de la pareja un *jeep,* pero el doctor Kerry declinó tal honor e hizo venir un taxi.

Viajaban hacia Albuquerque, cuando Karen, alarmada, preguntó a Kerry:

—¿Qué es eso de mi dimisión, Ted? No tengo otra forma de vivir que el producto de mi propio trabajo. Así es que...

Pero Kerry, profundamente dormido sobre su regazo, respondió con un sonoro ronquido. Fue mucho después, al anochecer, cuando tomaban un aperitivo en la terraza del hotel, que el doctor Kerry respondió a sus preguntas.

—¿Para qué necesitas un empleo? La esposa de un famoso ginecólogo no necesita otros ingresos que los de su marido —dijo Ted, observando la reacción de ella a través de una copa de martini seco.

Karen exhaló un gritito.

—¿Quiere decir eso que vas a... a casarte conmigo? —murmuró, incrédula.

—¡Qué remedio! Una mujer tan puritana como tú no aceptada fácilmente una *liaison* convencional —sonrió él encogiéndose de hombros.

- añadió en un susurro:

—Y un hombre como yo no dejaría escapar por nada del mundo a un monumento como tú. Sobre todo después de haber comprobado que nos... compenetramos a las mil maravillas.

Tomó aquel rostro carnoso con ambas manos, se acercó lentamente y la besó frenéticamente, sin reparar en las tosecitas que sonaban a su espalda.

Esa misma noche emprendieron el regreso a su ciudad. De madrugada, el avión tomaba tierra y un taxi les trasladaba al domicilio del doctor Kerry.

Súbitamente, Karen se detuvo cuando Ted le hacía sitio para entrar.

—¿Qué te ocurre?

—Glynnys —pronunció ella, mordiendo las sílabas—. Si esa descarada rubita aparece por aquí seré capaz de arañarla. Y escúchame bien, Edward Kerry: a partir de aquí, nada de aventuras con jovencitas descocadas.

El la contempló risueño, recreándose en la morbidez de sus pómulos, en la humedad de sus frescos labios, en el brillo cobrizo de sus brillantes cabellos, en la línea pujante del busto henchido, en...

—Descuida —dijo—. Creo que con una mujer como tú tendré suficiente.

- entraron.

* * *

De mañana, sonó el teléfono. Era la doctora Sally Thomas.

—Ted, estoy aterrada y necesito tu ayuda. Te he llamado porque el doctor Duran me dijo que ya estabas aquí. Tienes que venir. ¡En seguida!

—Pero ¿por qué? —exclamó Kerry, alarmado.

—Estoy atendiendo el parto de una joven chicana. Ha parido cuatro ya y… ¡vamos a por el quinto! —chilló Sally Thomas.

Kerry palideció.

—¿Son… son criaturas de color gris? —Murmuró, aterrado.

—Son perfectamente normales, pero he atendido seis partos esta noche y voy a desfallecer de un momento a otro. Por favor, ¡ven!

Ted dejó escapar un suspiro, miró con ternura a Karen, tendida a su lado, y respondió con voz queda:

—Está bien, voy para allá.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en Espa